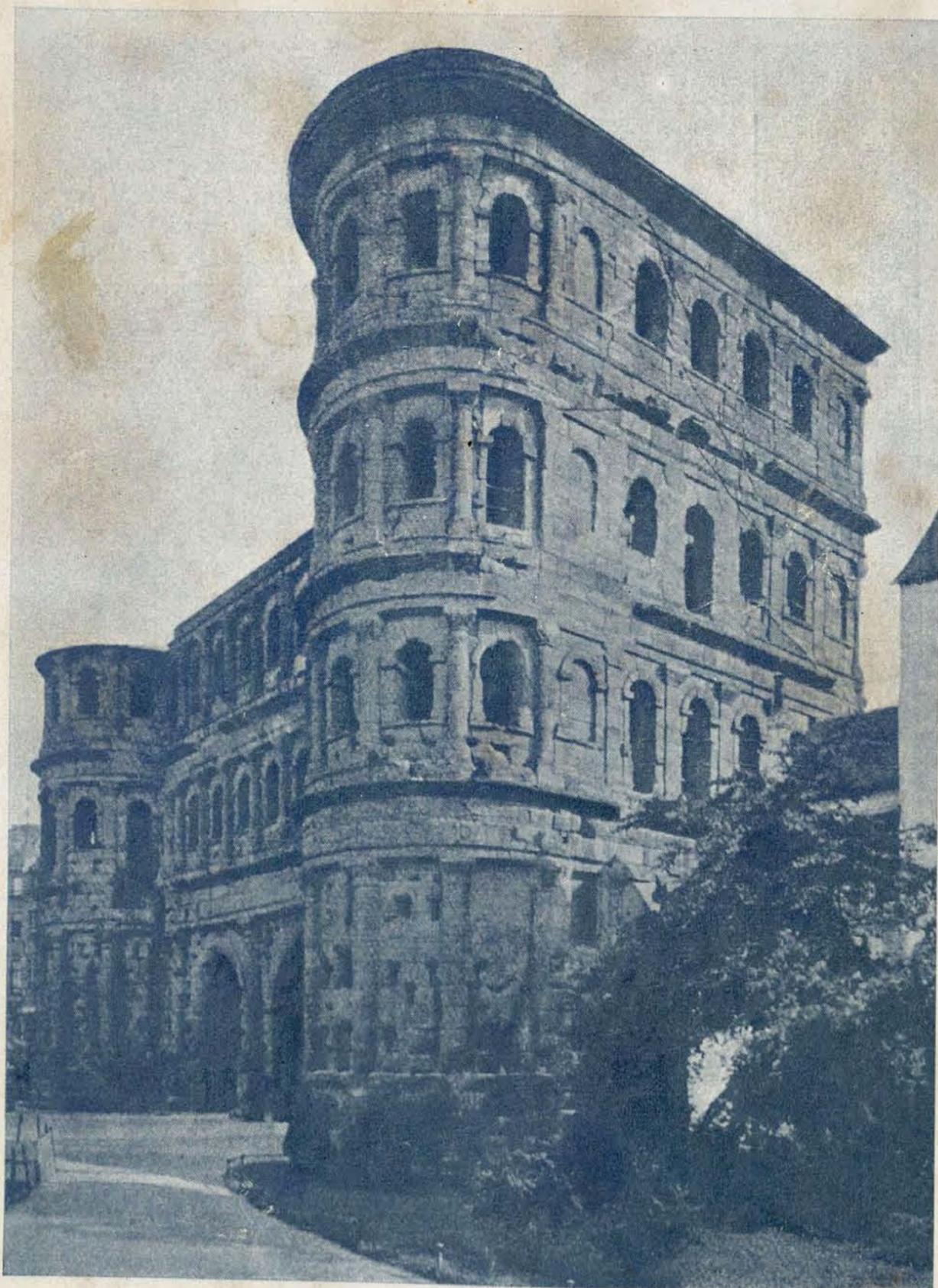


TIEMPOS NUEVOS

REVISTA QUINCE-
NAL ILUSTRADA



Número 28

TIEMPOS NUEVOS

REVISTA QUINCENAL ILUSTRADA

Director: ANDRÉS SABORIT
Subdirector: MANUEL MUIÑO
Administrador: MARIANO ROJO

ECONOMÍA COLECTIVA
MUNICIPIO Y PROVINCIA
LEGISLACIÓN SOCIAL
PROBLEMAS AGRARIOS
TRANSPORTES
LA ESCUELA Y EL NIÑO
ARTE Y TURISMO
SEGUROS Y COOPERACIÓN

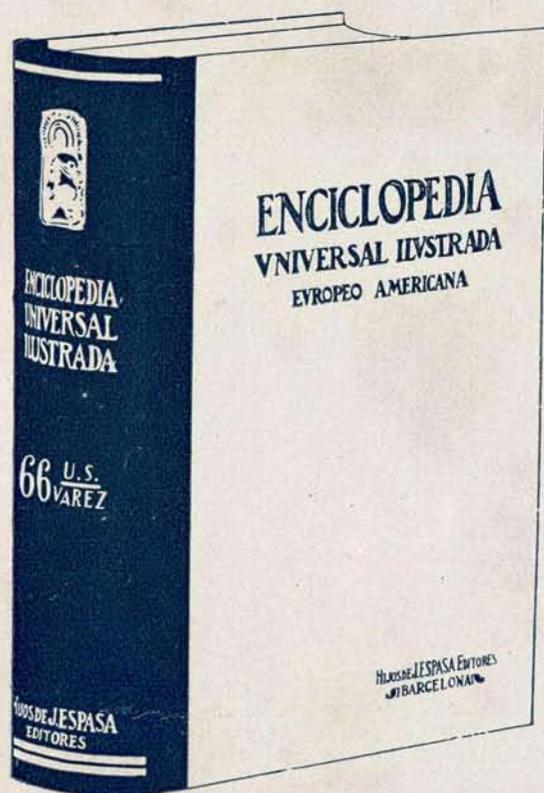
Precios de suscripción:

Año 24 pesetas.
Semestre 14 —
Trimestre 7,50 —
Número suelto, 1,50 ptas.

Gonzalo de Córdoba, 14, 1.º izq. - Teléfono 46661

MADRID

El hombre de negocios



necesita como instrumento de trabajo una obra que resuelva rápidamente sus dudas, que le informe de todo lo que desee saber sobre conocimientos generales de Arte, Ciencia, Industria, Comercio, Geografía, Historia, Derecho, etcétera, etc.

Una enciclopedia cualquiera no le puede satisfacer sus deseos de una manera completa. En general, los artículos son demasiado escuetos e incompletos, faltan muchos temas, y no tienen bastantes ilustraciones para hacer ver gráficamente los temas estudiados. Sólo hay una obra en el mundo que le puede satisfacer por completo.

La ENCICLOPEDIA ESPASA

es la obra cumbre de su género

155 millones de palabras, 3 millones de voces, 150 mil ilustraciones en negro y en color. Es decir, triple que la enciclopedia similar más conocida.

Y EL ADQUIRIR LA ENCICLOPEDIA MEJOR DE NUESTRA EPOCA ESTA AL ALCANCE DE TODOS

Pida folletos ilustrados y condiciones de adquisición en su librería o en

ESPASA - CALPE, S. A.

CASA DEL LIBRO: Avenida Pi y Margall, 7

Ríos Rosas, 24. Apartado 547. MADRID

LA EXPOSICION DE MUEBLES NUEVOS M. MALDONADO, CONSTRUCTOR

VARIEDAD ~

~ SOLIDEZ

Inmenso surtido en camas de hierro y bronce - Mobiliario para oficinas - Material escolar

DESPACHOS - COMEDORES - DORMITORIOS - TAPICERIA MODERNA (gran confort)

PRECIOS DE VERDADERA ECONOMIA

Talleres: CONDE-DUQUE, 48
Teléfono 42096

~ MADRID ~

Despacho: LEGANITOS, 4
Teléfono 15294

17 JUL 2008

P. 3317

SE PUBLICA LOS DÍAS 10 Y 25 DE CADA MES

TIEMPOS

NUEVOS

Director:
ANDRÉS SABORIT COLOMER

Redacción: GONZALO DE CÓRDOBA, 14 - Teléfono 46661

El Socialismo y la revolución española

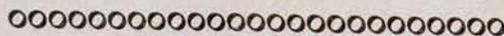


No creo que espere usted de mí una receta para la solución de los problemas de estrategia y táctica políticas que plantea la situación actual del Socialismo español. Incluso si estuviera al corriente de todos los detalles, todavía carecería de la justificación primordial, que sólo puede dar la participación en las responsabilidades. He de limitarme, pues, a someterle algunas consideraciones de principio que se agrupan en la experiencia histórica general.

Es de toda evidencia que la revolución española se relaciona simultáneamente, de una parte, con la ascensión de las clases obreras, que se inicia en el siglo XIX, y de otra, con las grandes revoluciones del liberalismo burgués, que comienza en el siglo XVI, con la sublevación de mi país natal contra el régimen español, se prosigue en Inglaterra en el siglo siguiente, en América y Francia en el XVIII, y de cuyos restos de régimen absolutista no logran desembarazarse Rusia, Alemania y Austria hasta las postrimerías de la guerra mundial.

De aquí que la revolución española forme parte de los movimientos revolucionarios de carácter mixto, de republicano burgués y de Socialismo proletario al mismo tiempo, que caracterizan casi todas las transformaciones sociales de la Europa occidental del siglo XIX, particularmente a partir de 1848; pero

se distingue de las formas más antiguas de este tipo de revoluciones, de las de 1848, por ejemplo — o para citar un ejemplo reciente, aunque exótico, de la revolución china —, en que se ha producido en un país y en una época en que el Socialismo organizado y el movimiento sindical obrero estaban ya lo suficientemente desarrollados para constituir el principal elemento motor. En esto la revolución española se parece a la alemana de noviembre de 1918, ó a la rusa de 1917. Es, en suma, el tipo de revolución que Marx y Engels preconizaban ya en 1847 en el *Manifiesto comunista*, cuando asignaban al proletariado la empresa de ponerse a la cabeza de los movimientos democráticos y republicanos,



Reproducimos el prólogo de la obra «Socialismo constructivo», de Henri de Man, editada por la casa Aguilar, por el interés que encierra, no por la coincidencia ideológica con todos los aspectos abordados por Henri de Man en su substancioso prólogo. TIEMPOS NUEVOS aspira a mantener vivo el interés de los socialistas españoles alrededor de los temas de crítica más palpitante de nuestros problemas internos, tratados siempre sin sectarismo y aislados de espíritu caudillista.

para la liquidación del régimen feudal y absolutista, empujarlos más allá de los objetivos puramente parlamentarios de los elementos burgueses y ampliar la acción para transformar el orden económico y social.

Pero la gran dificultad que inmediatamente surge en todas partes en donde existe un movimiento socialista fuertemente constituido consiste en que el Socialismo está encargado de dos funciones diferentes que pueden contradecirse: asegurar el régimen liberal y democrático que reemplaza al orden antiguo y hacer servir este orden a transformaciones sociales que desborden el objetivo primitivo de la acción conjunta de los elementos proletarios y burgueses.

En principio, la disociación de los elementos que por la revolución van hacia un nuevo conservatismo social, de los que asimismo por la revolución acentúan aún las reivindicaciones sociales, aparece, sin excepción, en todas las revoluciones. En su origen, antes, pues, de la aparición del proletariado industrial moderno y del movimiento socialista organizado, las grandes revoluciones burguesas sólo envuelven la diferenciación gradual de las nuevas capas sociales que cristalizan, preparan el camino a los movimientos autónomos de lo que será más tarde el proletariado socialista. El ejemplo clásico de esta disociación gradual es el de la Revolución francesa de 1789 a 1794. Otra cosa sucede cuando, como

en España, existe ya un Partido Socialista constituido y suficientemente fuerte para representar desde el principio un papel predominante de iniciativa. En este caso, los factores de disociación actúan en el interior del propio Socialismo, por el distinto carácter de las tareas que las necesidades históricas le imponen. En cuanto se ha cumplido la tarea común de la liquidación de un orden prescrito y peligroso, tanto desde el punto de vista del democratismo burgués como del Socialismo proletario, el Socialismo se encuentra solicitado por dos tendencias: de un lado, consolidar el orden nuevo sobre la base de un compromiso que registra las relaciones de potencia entre los elementos burgueses y los proletarios que han colaborado en la revolución; de otro lado, continuar modificando las relaciones de potencia, transformando la revolución política en revolución social.

En Rusia en 1917, en Alemania en 1918, divergieron de tal modo esas tendencias, que el resultado fué una profunda escisión entre dos partes de la clase obrera que, hasta la guerra mundial, estaban unidas.

Pero vale la pena preguntarse si es posible evitar tal desintegración del Socialismo y en qué condiciones, pues salta a la vista que esta desintegración es una de las causas principales del amortiguamiento del progreso social y aun de los avances de la reacción europea desde 1918. La Rusia comunista, a pesar de los esfuerzos heroicos y admirables desde muchos puntos de vista, tropieza con enormes obstáculos: la revolución bolchevista ha creado un abismo entre ella y las grandes masas obreras europeas al suprimir la libertad de oposición y aplastar en Rusia al Socialismo democrático. Eso divide y paraliza al movimiento obrero universal, aísla peligrosamente a Rusia de la economía mundial y multiplica las posibilidades de guerra. Alemania, donde la mayoría de los representantes parlamentarios está elegida en defensa de un programa anticapitalista, se halla dominada por el miedo a un cesarismo reaccionario, y la clase obrera ve cómo le arrancan desde 1918, trozo a trozo, los derechos y las ventajas que conquistó.

Desde luego que mientras Rusia, o, más exactamente, la Internacional Comunista, mantenga esta escisión, seguiremos teniendo en todos los países europeos minorías comunistas, más o menos importantes, en lucha contra los grandes partidos obreros socialistas. Pero esta situación, por muy deplorable que sea, es relativamente soportable mientras estos partidos sólo constituyen pequeñas sectas comunistas, en las que única-

mente se juntan aquellos en quienes el vino socialista, falto de la adecuada fermentación, se ha tornado vinagre. La situación sería mucho más grave si, como ya se ha realizado en Alemania, las propias masas obreras, a consecuencia de la decepción de sus esperanzas revolucionarias, se dividieran en dos grandes partidos, cada uno de los cuales sólo se asignase una de las dos tareas que regulan la revolución: uno, procurando estrictamente conservar lo adquirido y, por tanto, reducido a peligrosos compromisos; el otro, agotándose en impotentes algaradas, que no sirven más que para dar fuerza a la reacción de los empavorecidos burgueses.

Mantener la unidad socialista, es decir, todo lo que existe de unidad sindical y política en las masas obreras europeas que persiguen el Socialismo por medio de la democracia, he aquí una condición primordial para desarrollar y hasta salvaguardar los derechos conquistados por el Socialismo obrero, de los cuales tiene necesidad para todo avance ulterior.

El gran problema es, pues, evitar las divergencias de opinión y las decepciones que siguen inevitablemente a las revoluciones cuando éstas han pasado del plano destructivo al constructivo, y que dividen al Socialismo, comprometiéndolo su porvenir y el mantenimiento de las propias conquistas revolucionarias.

He aquí por qué es preciso, sobre todo, impedir, en una situación como

Sociedad A. *Alfa*
Cooperativa

Primera manufactura española
de MAQUINAS DE COSER



Pedid un catálogo gratis a

Máquinas de coser A L F A

E I B A R (Guipúzcoa)

la de España en la actualidad, que el Socialismo se separe de la revolución. Pues la revolución es un impulso psicológico, una ola de entusiasmo y esperanza que, llevando a un pueblo hacia adelante, le acerca al Socialismo. Debéis haberos dado cuenta en España: como en Francia en 1789, en 1830, en 1848, la revolución demuestra a las masas la realidad de su fuerza, les hace ver que ningún orden histórico es inmutable, despierta la conciencia política de las multitudes de indiferentes, exacerba los deseos de justicia de los oprimidos, desarrolla sus necesidades sociales, galvaniza sus fuerzas de acción, les da confianza en ellos mismos. A causa de eso, la revolución es la gran palanca que no hay que soltar, con la que hay que continuar maniobrando hasta que haya sacado del lagar todo lo que pueda dar de sí.

Esto es así especialmente cuando la revolución ha salido del hundimiento de un régimen de tal modo podrido, que ha bastado empujarle un poco para derribarle. Este fué el caso en Rusia, en febrero de 1917, y en Alemania, en febrero de 1918, en contraste con las revoluciones inglesas del siglo XVII y francesas del siglo XVIII, que conocieron un dilatado *crescendo*, originado por la tenaz resistencia de sus adversarios. También en España ha habido, sobre todo, un derrumbamiento. En tales circunstancias, la revolución está menos en ese derrumbamiento que en lo que se hace después para establecer un orden nuevo. Lo esencial, pues, es menos comenzar que continuar. Ahora bien: para eso es necesario no dejar que se evapore el entusiasmo renovador en una borrachera de libertad que se fatigue a sí misma, como todas las intoxicaciones. Al contrario, hay que festejar menos que trabajar; menos regocijarse del terreno recientemente conquistado que servirse de él para establecer nuevas posiciones de partida.

Hay que darse cuenta, sobre todo, de que una subversión de las formas jurídicas de la vida política no es con el tiempo eficaz más que si se apoya en una modificación correspondiente de las fuerzas económicas y sociales que llenan ese cuadro jurídico. Realizar la revolución es, pues, continuarla, y continuarla es utilizar los nuevos derechos para refundir la jerarquía social. Y esta obra no puede cumplirse por la acción legislativa únicamente. Alemania ha hecho la triste experiencia desde 1918. La Constitución que se dió en Weimar es una de las más avanzadas del mundo; afirma principios jurídicos que exceden considerablemente el alcance social de los «Derechos del Hombre» tradicionales, y abre caminos legales a la socialización

de las grandes industrias y de las grandes propiedades territoriales. Pero se ha dejado intacta la burocracia del Estado; se ha respetado el poder de la casta de jueces y el de la militar; no se ha tocado a los privilegios políticos de las Iglesias; se ha retrocedido ante la expropiación de los latifundios de la nobleza prusiana; se ha sido más generoso con los ex generales y ex monarcas que con los mutilados de guerra; se ha dejado al capitalismo privado de libertad para atrincherarse en formidables monopolios predatarios. El resultado, al cabo de trece años, es que no se escapa a la dictadura fascista más que al precio de una semidictadura burocrática y burguesa, y que se cede terreno cada día en las luchas económicas. Cosa característica: las más sólidas posiciones de defensa son las que la clase obrera ocupa fuera de los cuadros parlamentarios: los Sindicatos y los Consejos de Empresa, constituyendo los últimos la única institución legal, salida de la revolución de 1918, que haya permanecido inquebrantable.

En suma, la gran lección que se desprende de la experiencia alemana es que no se puede impedir la reacción después de la revolución más que batiendo el cobre mientras está caliente; es decir, dirigiendo lo más pronto posible el ardor revolucionario hacia la refundición de las instituciones económicas y sociales de manera que mine la verdadera base de la subordinación política. Las reformas duraderas y reales son las que se hacen de ese modo desde abajo.

El gran problema técnico y psicológico de las revoluciones victoriosas es, pues,

desde el momento en que haya caído la cabeza del antiguo régimen, herirle en el corazón y en el estómago, dirigiendo la acción hacia las instituciones económicas, las administraciones locales, el desarrollo del poder social autónomo de las clases trabajadoras.

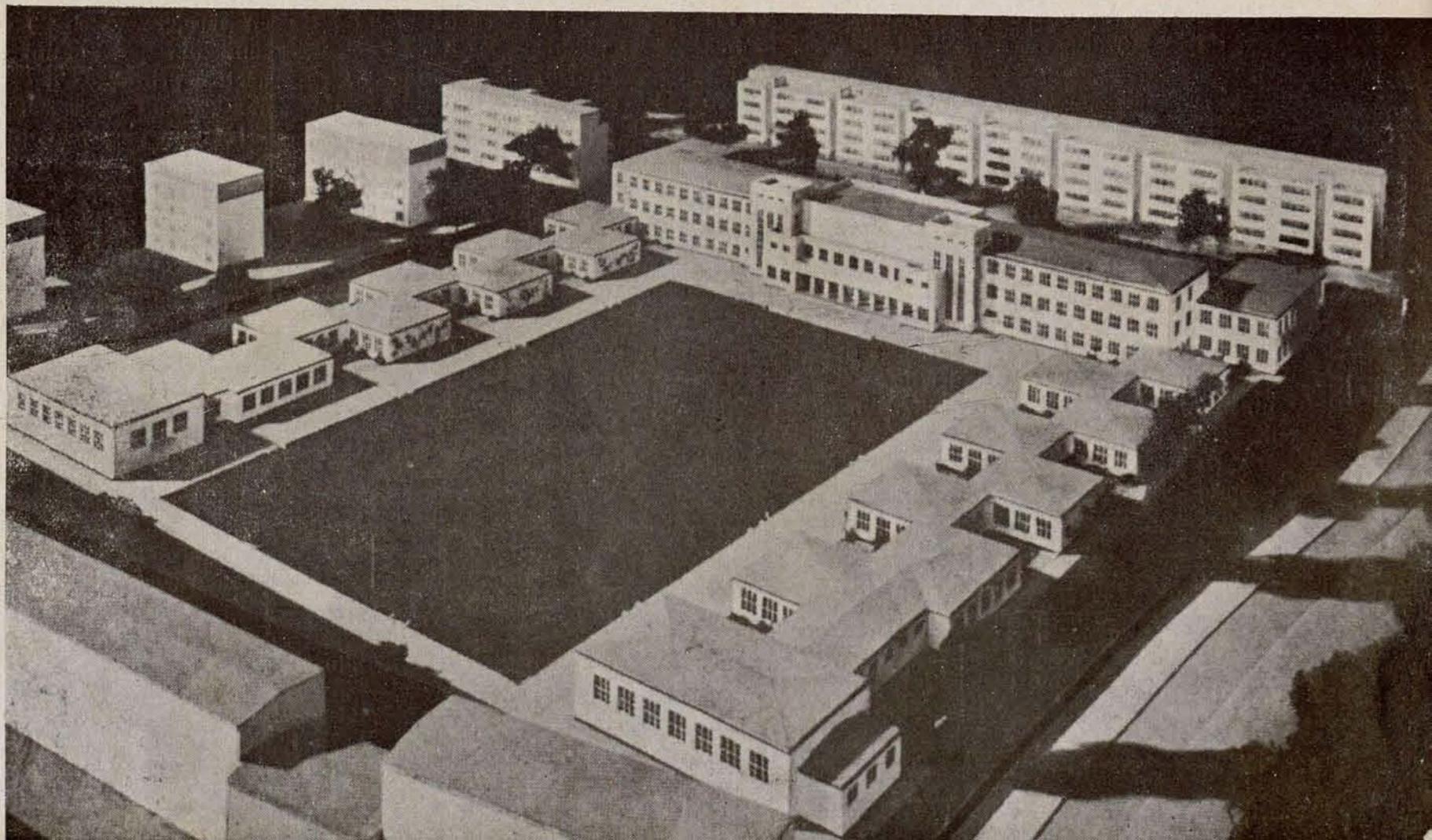
Es aquí donde la aplicación del principio de Dantón: «Audacia, audacia y audacia!», se hace especialmente difícil, porque no se trata ya de dejarse llevar al Poder por el movimiento instintivo de las pasiones populares; hay que dirigir esas pasiones por la iniciativa consciente y reflexiva de una vanguardia que organice sistemáticamente posiciones cuya necesidad no se evidenciará hasta más tarde. Necesidad que, si falta esta dirección, no será reconocida hasta que sea demasiado tarde. No sirve para nada destronar a un monarca si no se destrona a todos los reyezuelos que constituyen el verdadero sostén del despotismo social; hay, pues, que atacar el poder político de la burocracia, de la casta militar, de los sacerdotes y también los privilegios sociales de las potencias capitalistas.

En los países de industria poco desarrollada aún, una de las tareas más urgentes del Partido Socialista es la de tomar en sus manos la dirección del ataque de los trabajadores de la tierra contra el poder de los grandes propietarios agrícolas, a los que en España creo que llamáis caciques. La acción más duradera y más profunda de la gran Revolución francesa, la que ha sobrevivido a todas las tentativas de restauración política, ha sido la transformación del régimen de la propiedad agraria por medio de la expropiación de

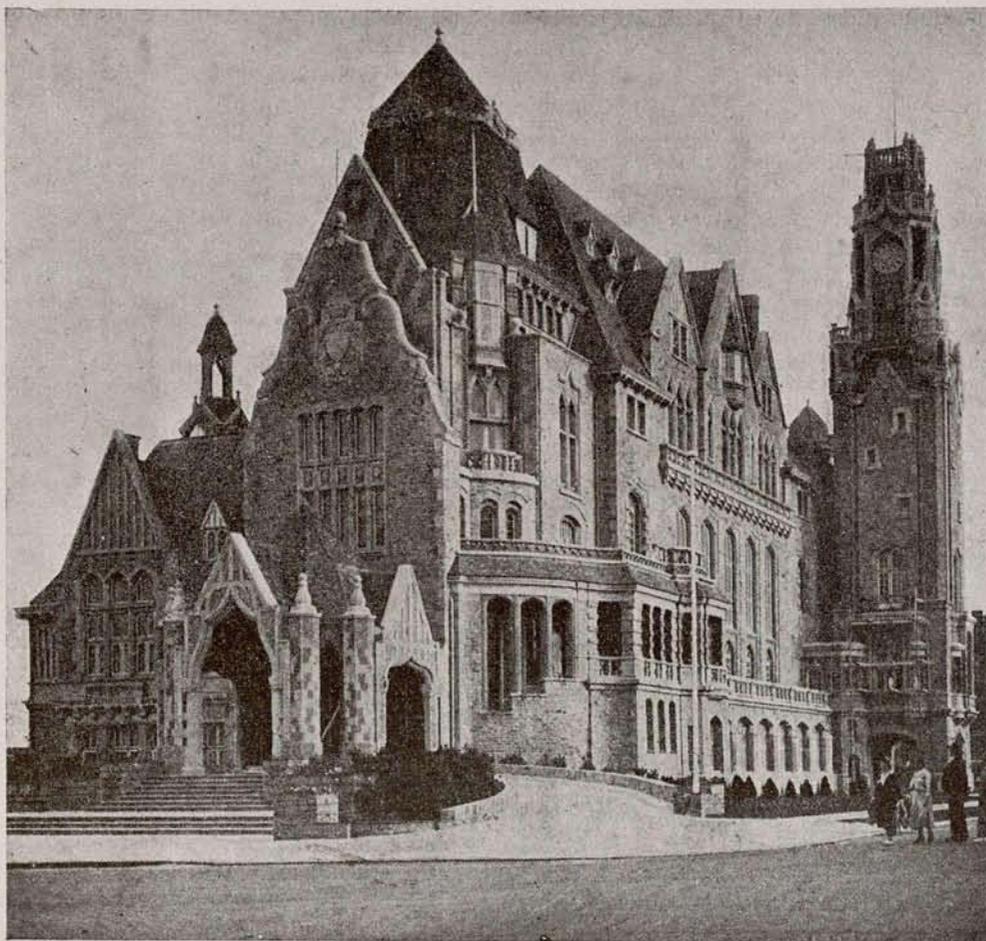
la Iglesia y la supresión de los privilegios feudales. A la inversa, una de las razones esenciales de la derrota del Gobierno Kerensky, en 1917, por la revolución bolchevista fué que el Gobierno, aunque salido de la revolución, retrocedió ante la expropiación de los grandes terratenientes.

Además, no se trata aquí solamente de medidas en cierto modo negativas; es necesario asimismo, para garantizar su efecto, completarlas por medidas positivas que transfieran a instituciones nuevas, sindicales, cooperativas, organismos autónomos de administración local, etc., los derechos y las funciones arrebatados a los antiguos Poderes. Eso implica una vigorosa descentralización de los Poderes públicos, una aplicación audaz de los principios de la organización corporativa a la refundición del Estado, una sólida base jurídica para el poder sindical que se ejerza a través de los Consejos de Empresa: los contratos colectivos reconocidos, las Comisiones paritarias renovadas. Todas esas tareas tienen necesidad de una dirección consciente, como puede atestiguarlo el Partido Socialista, porque no salen por sí mismas de la voluntad instintiva de las masas, que se inclina más fácilmente hacia los hechos, en cierto modo simbólicos, pero más superficiales, de la estructura constitucional y parlamentaria.

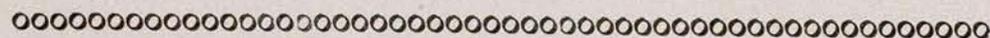
En todos los países que tienen, como España, una larga tradición de poder político muy centralizado, la tendencia natural de las revoluciones es la de caer asimismo en el error estatal. Esa es, en efecto, la línea de menor resistencia; pero es también la que da menos resultados. El jacobinismo, que tiende úni-



Escuelas de Charlottemburgo (Berlín), construídas por el arquitecto Oberbaumas Helmcke.



Vista del Ayuntamiento de Le Fouquet, de Francia.



camente a reemplazar un Estado centralizado y burocratizado por otro Estado centralizado y burocratizado, un Parlamento de retóricos por otro Parlamento de retóricos, fué el gran obstáculo con que tropezó la extensión social de la Revolución francesa. **La corrección de ese error sólo es posible por una orientación sistemática hacia el régimen corporativo.** Se sufriría una equivocación si no se pidiera a las ideas sindicalistas cuanto tienen de verdadero contrapeso al Gobierno de los funcionarios, que esconde una tiranía burocrática detrás de una cortina parlamentaria.

He aquí por qué simpatizo con los ardores y las impacencias de la nueva generación a que usted pertenece; porque esos ardores y esas impacencias son un impulso necesario al verdadero fin de la revolución.

Pero para que ese impulso sea fértil es preciso que esté dirigido en sentido radical y no extremista. Quiero decir que no vaya hacia una oposición sentimental que reproche a los dirigentes responsables el no ir bastante lejos en el camino de los actos simbólicos, sino que empuje hacia una acción práctica, con-

creta, responsable, que dirige la actualización de las masas hacia los problemas radicales, hacia los puntos en que se hallan las raíces del mal a extirpar. **Por eso precisamente la violencia física de los movimientos extremistas no da la medida de la eficacia de las revoluciones; al contrario, los resultados duraderos de las revoluciones están generalmente en proporción inversa de la violencia empleada. El verdadero radicalismo se inclina a las reformas fundamentales, que exigen más trabajo que combate. El verdadero revolucionario es aquel que, una vez conquistada la libertad de acción, utiliza esa libertad no para lapidar gendarmes, sino para crear un Sindicato, reformar una administración, terminar una huelga por el establecimiento de un contrato colectivo y de una representación en fábrica; en el Poder central, es aquel que limpia de restos del antiguo régimen hasta los rincones más escondidos de las oficinas de provincias. Acción menos teatralmente pintoresca, pero más verdaderamente heroica, más difícil y más fértil.**

Esa acción requiere, además del entusiasmo, mucha reflexión y una con-

ciencia muy clara de los límites que las circunstancias generales, sobre todo el grado de desarrollo industrial de un país, le imponen. El ejemplo de Lenin demuestra hasta dónde puede una vanguardia enérgica y tenaz llevar esos límites hacia adelante; pero también demuestra que hay un punto del que no puede pasarse, y que no se puede crear de nuevo una economía por completo sin que en el seno de la economía se hayan desarrollado los materiales de la misma y formado los hombres que hayan de servirla.

¿Dónde están esos límites en España? ¿Hasta dónde puede llegar la expansión de un cambio político en lo que se refiere a la refundición política y social?

Son preguntas a las que no puede contestarse con precisión desde fuera. Dudo mucho que, aun el hombre mejor enterado de todas las circunstancias, pueda contestar desde dentro. Sólo la experiencia puede resolver con exactitud. Pero ¿hay necesidad de saber hasta qué grado se puede estar seguro del éxito? ¿No basta saber sobre qué puntos y en qué dirección hay que avanzar, aunque se ignore hasta dónde se podrá avanzar? El límite resultará de las relaciones de poder que se establecerán entre el ataque y la resistencia. Desde ese momento sólo se tratará de una cuestión de *poder*, condicionada, de una parte, por las circunstancias generales del medio, y de otra, por la fuerza de las voluntades actuantes. El único elemento de ese problema sobre el que podemos influir es precisamente la fuerza de acción y de persuasión que logremos poner al servicio de nuestra voluntad colectiva.

Pero existe una condición imperiosa en el ejercicio eficaz de esta voluntad, condición que resulta del sostenimiento de dos principios a los que el Socialismo español debe sus éxitos recientes:

De una parte, la unidad del Socialismo y la revolución. De otra parte, la unidad del propio Partido Socialista.

No dissociar el Socialismo de la revolución, para no dissociar la revolución del Socialismo. Para eso es lógica, es psicológicamente indispensable que el Socialismo se halle en el Gobierno hasta que la obra constructiva de la revolución haya terminado. Esto puede significar un tiempo bastante más largo que el necesario para hacer funcionar una nueva Constitución, si el empuje socialista se prolonga lo suficiente para asegurar las reformas administrativas y económicas, de las que la nueva Constitución sólo es el medio. La eficacia de ese empuje no será, sin duda, más duradera que la misma pasión revolucionaria, que terminará por fatigarse, como

todas las pasiones. Pero es necesario que el Socialismo no adelante ese momento y acelere ese progreso renunciando a su propia iniciativa y a su papel de director; cuando se produzcan las inevitables tentativas de reacción, será más fuerte con la obra de la revolución por haberse identificado de modo que todos lo hayan comprendido, sin abandonar el instrumento del Poder mientras éste pueda servir.

Pero para que este instrumento sirva al Socialismo y a la clase obrera debe ser manejado por un partido unido, apoyado sobre una organización sindical que represente lo más importante de la clase obrera consciente. Sin esa unidad, el Socialismo carecerá de fuerza en el Gobierno y en la oposición. Es verdad que esa unidad está hecha de tensiones interiores, de la síntesis continua de tendencias con frecuencia divergentes, algunas de las cuales empujan hacia las coaliciones gubernamentales y otras hacia la oposición. Mas esas tendencias corresponden a dos funciones que son inherentes a toda acción socialista, pues el Socialismo es al propio tiempo un movimiento *en el seno* del orden existente y un movimiento *en su contra*. Esta contradicción se resuelve por sí misma en la medida en que la acción en el seno de la sociedad actual transfiere eficazmente a ésta.

Por eso en el estadio actual del Socialismo europeo las fases de acción gubernamental alternan casi regularmente con las fases de oposición, según la fuerza más o menos grande de las resistencias que limitan la eficacia de la acción reformadora que permite el ejercicio del Poder central. El gran problema táctico consiste desde entonces en la elección del momento en que hay que cambiar de posiciones. Pero en un país que tiene ante sí la obra constructiva de una refundición revolucionaria, ese momento no puede situarse antes de la terminación de esa obra, y sólo cuando los adversarios, por su resistencia creciente, han traído ese momento, puede el Socialismo encontrar ventajas en pasar por completo a la oposición, después de haber estado por entero en el Poder.

Para efectuar esa transición sin poner en peligro la unidad de acción del movimiento, sólo existe un procedimiento—el mejor que se haya encontrado hasta hoy—: el de la democracia interior, que determina la actitud del Partido por la mayoría, mientras da a todas las opiniones minoritarias la libertad de atraer a los demás, si pueden, a sus puntos de vista.

Este método se ha hecho patente en el Partido Obrero belga, y es el que le

ha mantenido unido. Estoy demasiado habituado a permanecer en la minoría para ser sospechoso cuando digo que la experiencia belga demuestra la verdad experimental del único dogma socialista que puedo admitir: el dogma de la unidad obrera, de la unidad de acción, que hace que todos compartamos solidariamente la responsabilidad de lo que decide la mayoría.

Y, aunque esto pueda parecer paradójico, la experiencia belga demuestra, a mi modo de ver, que no existen falsas decisiones tácticas para un partido que permanece unido; la única falta irremediable es la división, pues la división paraliza toda acción, cualquiera que ésta sea, porque una parte de la voluntad socialista anula la otra; mientras que, hecho curioso, pero experimentalmente probado: la eficacia de la acción socialista depende, en suma, muy poco de la posición táctica, gubernamental o de oposición, mas casi enteramente, por contraste, de la energía «radical» con que se persiguen, en no importa qué posición, los objetivos concretos que se quieren alcanzar. Tal vez por habernos enseñado eso la experiencia, las luchas de opinión táctica en el seno del Partido Obrero belga no hacen correr el peligro de comprometer su unidad, **pues se ha aprendido, por una parte, a no discutir la buena fe de los camaradas de opinión distinta, y por otra, a respetar las decisiones de la mayoría, según la misma solidaridad que prevalece en las luchas sindicales cuando se trata de comenzar una huelga o poner término a la misma.**

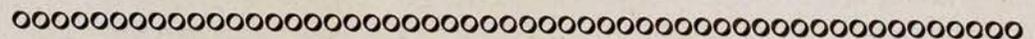
Desde luego, el papel crítico de las minorías no es por eso menos necesario, aun desde el punto de vista de la acción eficaz de las mayorías. Sobre todo cuando un Partido Socialista participa en un Gobierno de coalición es necesario que las tendencias naturales que ha-

cen que en el Poder la mayoría de los hombres se deslicen hacia el moderantismo, como medio de conservar ese mismo Poder, sean constantemente contrabalanceados, en interés de su acción socialista, por la crítica de los ardorosos y los impacientes. La crítica por la oposición es el principio vital de todas las democracias, a las que impide degenerar. Pero esta crítica será tanto más eficaz cuanto menos se efectúe sobre el aspecto simbólico de las actitudes parlamentarias y más sobre los puntos concretos de la acción reformadora. Cuando se reprocha a aquellos a quienes una decisión del Partido ha colocado en el Gobierno el ser ministros, no se sirve al Socialismo; pero se le sirve bien cuando se exige de ellos que justifiquen su ministerialismo siendo ministros activos y enérgicos, que hacen más reformas buenas que bellos discursos.

El papel natural de la juventud en el movimiento socialista es el de ser una vanguardia que ejerce sobre los viejos presión constante, como único medio de conservar al Socialismo su vigor de ataque. La libertad de discusión no debe ser más que un medio de conservar la unidad de acción, sin la cual no hay partido sano. No puedo resumir mejor los consejos prácticos que usted me pide que por esta fórmula, que, por deberse a un viejísimo teólogo, no es menos eternamente válida: *In necessariis unitas, in dubiis libertas, in omnibus autem caritas*. Libertad de opinión no solamente para uno mismo, sino para los demás; es decir: tolerancia fraterna frente a aquellos cuyos puntos de vista acerca de la táctica no compartimos; pero unidad en lo que es necesario, es decir, en la acción.

¡Salud y fraternidad!

HENRI DE MAN



Las izquierdas francesas han vencido en las urnas a la reacción. Han peleado por la democracia. León Blum, la víspera de la batalla electoral, decía:

Hacer cara a la reacción, cortar el camino al fascismo, asegurar las **libertades democráticas**, que son la obra y la riqueza de los trabajadores: tal es la ley única de nuestra táctica electoral.

Ese mismo lenguaje ha sido el de los manifiestos suscritos por comunistas y socialistas franceses:

Dondequiera que los candidatos partidarios de la **libertad**, aunque no pertenezcan a nuestros organismos, vayan en

cabeza contra los candidatos de la **reacción**, el bloque de los trabajadores debe retirar los suyos y favorecer el triunfo de los antifascistas.

En España, por el contrario, el día 19 de noviembre de 1933, frente a la coalición antimarxista lucharon divididos los partidos de izquierda.

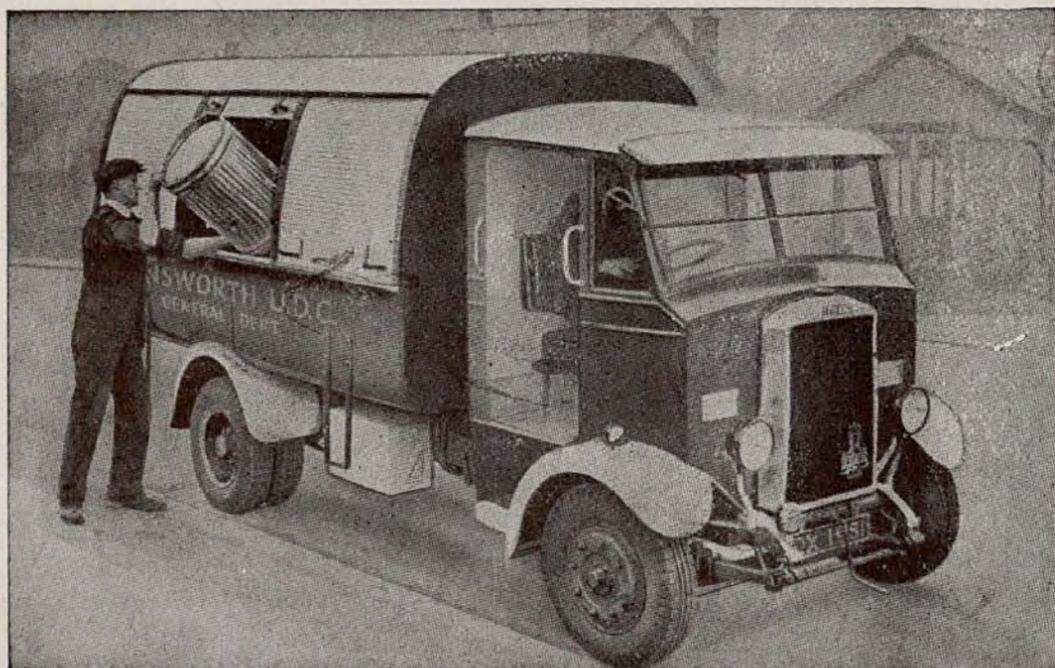
Y por eso vencieron las derechas, no por culpa de los electores. Faltó acierto al aplicar la ley Electoral desde la dirección del Socialismo español, según declaración de Indalecio Prieto, esto es, de un ex ministro del Partido y de un camarada que pertenece a la Comisión ejecutiva.

VEHICULOS INDUSTRIALES

Levland

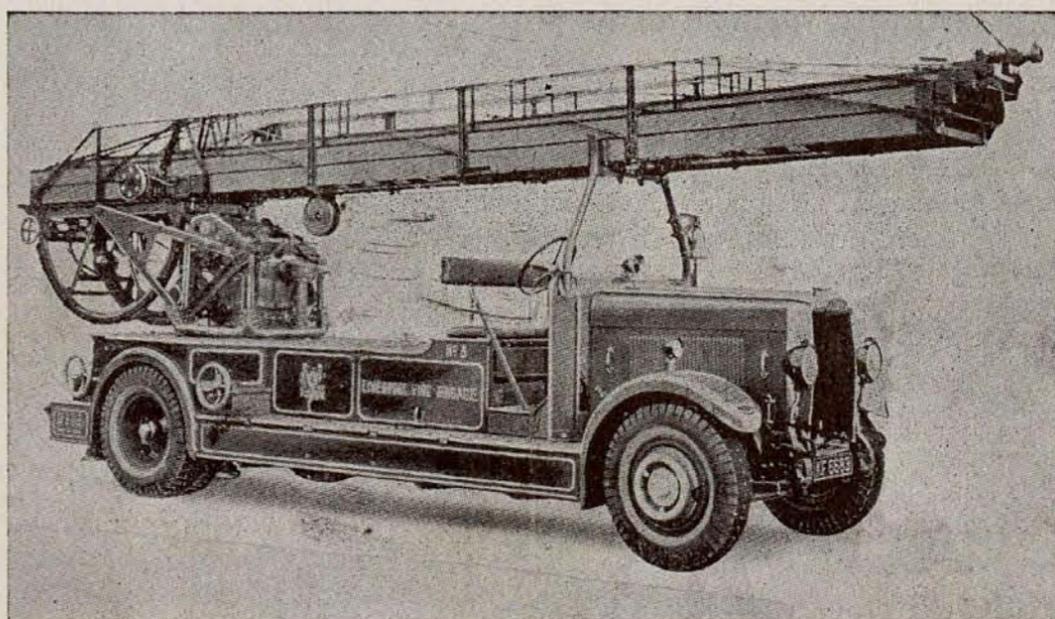
Para toda clase de transportes. Desde 2 a 12 toneladas de carga útil

*CON MOTORES A GASOLINA Y ACEITE PESADO
DE ALTA PRESIÓN CON ARRANQUE EN FRIO*



Camión modelo CUB,
especial para el servicio
de limpiezas.

Auto escala telescópica automática para
el servicio de incendios.



REPRESENTANTES EXCLUSIVOS:

PETROLIFERA TRANSPORTES, S. A.

MADRID

Menorca, número 16
Teléfono 52389

EDUARDO BENES

El ministro de Negocios extranjeros de Checoslovaquia va a festejar, después de veinte años de actividad política intensa, su cincuenta aniversario. Es un caso casi único en la Europa de la postguerra, ya que este hombre de Estado permanece en la brecha desde 1914 a 1935 sin interrupción, en tanto que la marcha impetuosa y caótica de los acontecimientos agota en todas partes las fuerzas de los políticos y de los hombres de Estado. El señor Benes trabaja al lado de Masaryk, cuya actividad política se remonta a los diez últimos años del siglo pasado. La persistencia en el Poder de estos dos hombres es testimonio cierto del orden y de la estabilidad política que reinan en su país; pero también es prueba de su capacidad de trabajo y de la fecundidad de su labor.

Benes ha nacido el 28 de mayo del año 1884, en Kozlany, cerca de Kralovice, en la Bohemia occidental; pertenece a la numerosa familia de un pequeño agricultor, como tantas otras personalidades checoslovacas que se han hecho un nombre en el arte o la política. Dos de sus hermanos hicieron sus estudios y llegaron a ser maestros. Gracias a uno de éstos entró en el Instituto de Vinchradý, que no era entonces más que un arrabal de Praga. Terminó su bachillerato y estudio Filosofía y Sociología. Allí es donde encontró al profesor Masaryk, que ha ejercido tanta influencia sobre él. Un año después partió para Francia, donde se consagró únicamente a las ciencias políticas y sociológicas;



EDUARDO BENES

Ministro de Negocios extranjeros de Checoslovaquia.

siguió los cursos de la Sorbona y los de la Escuela de Ciencias políticas. Sostuvo en 1908, en Dijon, una tesis de doctorado en Derecho sobre el tema «El problema austriaco y la cuestión checa». En ella se revelaba la tendencia de su espíritu, que le llevaba a hacer una política de realidades, pues algunas de las conclusiones de dicha tesis tienen un carácter político preciso; estudiaba, especialmente, los medios políticos de proporcionar a los checos la independencia a que tenían derecho. Permaneció un poco tiempo en Londres y estudió un año en la Universidad de Berlín. En el transcurso de sus años de estudio en París no se contentó con establecer conocimientos con la Europa occidental, sino que también prestó una atención apasionada a las cuestiones culturales, sociales y políticas, como lo demuestran los artículos que escribió entonces en la prensa checa, especialmente en la socialista. Después de su regreso a Praga sostuvo una tesis de doctorado en Letras, siendo nombrado profesor de Economía política en la Escuela de Comercio de Praga. En 1912 presentó un

trabajo sobre «Los partidos políticos», como tesis de habilitación para la cátedra de Sociología de la Facultad de Letras de la Universidad checa de Praga. El año siguiente se presentó, triunfando, para la Escuela Politécnica de Praga. En esta época es cuando comenzó a nacer política activa en el partido del profesor Masaryk, al cual había sido atraído por la potente influencia de su maestro, hasta que estuvo más cerca de los socialistas que de ningún otro partido.

Al lado de Masaryk intervino, durante la guerra, en hechos revolucionarios. Después de la partida de Masaryk fué el alma de la conspiración interior y de la Asociación revolucionaria que se llamaba Maffia. El primero de septiembre de 1915 se escapó a Ginebra para unirse a Masaryk, llegando a ser el primero de sus hombres de confianza y de sus colaboradores. Fijó su residencia en París, como secretario general del Consejo nacional, organismo director de la revolución checoslovaca en el extranjero, que fundó en la primavera de 1916, con Masaryk, Dürich y el eslovaco Stefanyk. En este cargo organizó la propaganda en la prensa, y a partir de 1917 sucedió a Denis en la redacción de la revista *La Nación Checa*. Publicó en 1916 un folleto de propaganda titulado *Destruid Austria-Hungría*, que apareció en italiano e inglés al año siguiente. Se ocupó de organizar las relaciones con los revolucionarios de Bohemia y la colaboración de los emigrados políticos con las colonias checoslovacas del extranjero; se puso en relación con los periodistas

La situación financiera de la Banca cooperativa inglesa es excelente desde todos los puntos de vista. De ello puede juzgarse por el cuadro siguiente:

AÑOS	Número de cuentas	Saldos en libras
1873	62	188.672
1892	314	605.623
1912	987	5.287.227
1924	18.732	26.008.232
1928	26.226	43.643.049
1932	30.966	68.321.681
1934	34.190	86.044.827

Reproducimos de «La Vanguardia», de Buenos Aires, diario órgano del Partido Socialista argentino, el discurso del senador Palacios, pronunciado en la fiesta celebrada en su honor. Tiene mucho que leer y meditar ese discurso, para los jóvenes socialistas españoles. El Dr. Palacios es en la Argentina el que ha conseguido hacer vibrar con más ardor a la juventud. Su nombre ha reunido una cifra fabulosa de votos, para consagrarle senador por la capital. Su Socialismo no es el de muchos; no es el nuestro, desde luego; pero es digno de respeto y de admiración.

y sabios extranjeros, y después con los altos funcionarios, los militares y los diplomáticos. Negoció con los Gobiernos de la Entente el reconocimiento del ejército checoslovaco y del Consejo nacional como Gobierno *de jacto*; este Consejo se transformó, el 14 de octubre de 1918, en un Gobierno provisional, que fué reconocido por los Gobiernos aliados. En este Gobierno, presidido por Masaryk, Benes fué nombrado ministro de Negocios extranjeros y Stetanyk ministro de la Guerra. De esta forma, en el curso de la guerra, el emigrado revolucionario se transformó en diplomático y en hombre de Estado, al propio tiempo que la propaganda y la revolución se convertían en la diplomacia y una lucha armada regular en los medios de los aliados.

Gracias a sus relaciones obtuvo que Checoslovaquia participara en la Conferencia de la Paz, en la que presidió, con el Dr. Kramar, presidente del Consejo, la delegación checoslovaca. Entró en su país a fines de septiembre de 1919, después de haber firmado, el 28 de junio, el Tratado de Versalles, y el 10 de septiembre, el de San Germán, que daban existencia oficial y atribuían fronteras precisas a un Estado que existía ya desde el 20 de octubre de 1918.

Cuando se formó el primer Gobierno del nuevo Estado, Benes, lo mismo que los restantes miembros del Gobierno provisional, con excepción de Masaryk, nombrado presidente de la República, fué admitido en el Gobierno, del que no ha cesado de formar parte, habiendo sido incluso una vez presidente del Consejo.

Apoyándose en las experiencias de su actividad en el extranjero durante la

guerra, que fueron para él la mejor de las escuelas, desde el punto de vista diplomático, y conociendo perfectamente los problemas internacionales y a las personalidades dirigentes, Benes llevó con prudencia la política del nuevo Estado y determinó sus relaciones con sus vecinos y su línea de conducta en política exterior, guiado siempre por la idea de cuidar de la seguridad de su país, de ahorrarle las revueltas que sacudían a sus vecinos, de hacerle entrar como un elemento constructivo y sano en la Sociedad de Estados europeos. Por ello siguió una política de conciliación y de relación dentro del espíritu de la Sociedad de Naciones, en la que ha colaborado sinceramente; fué durante los años 1923-27 miembro del Consejo y luchó por poner en orden el estado creado por los tratados de paz, ya que en ello veía un progreso sobre la anterior arquitectura de Europa.

Checoslovaquia no estuvo, sin embargo, completamente al abrigo de las sacudidas que quebrantaron la Europa central. En la Conferencia de la Paz tuvo que tener una lucha diplomática, y más tarde militar, con Hungría, que no quería, incluso bajo el régimen bolchevique, renunciar a la Slovaquia. Por ello Benes insistió tan vivamente para que fueran fijadas las fronteras de Checoslovaquia con Hungría. Otro litigio territorial, con Polonia esta vez, relativo al país de Tesin y a algunas regiones de la Slovaquia, fué resuelto por medio del arbitraje, lo mismo que el conflicto posterior, relativo al territorio de Javerina, en los Tatry, sin que las buenas relaciones entre los dos países ni su colaboración en política exterior se

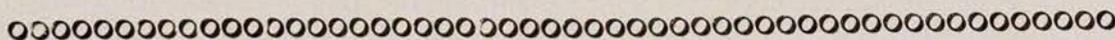
hiciesen difíciles para el porvenir. Un tercer peligro, provocado por el retorno de Carlos de Habsburgo en Hungría, en 1921, fué conjurado por la enérgica resistencia de la Pequeña Entente, que, desde 1920, reúne a Checoslovaquia, Rumania y Yugoslavia, pensando en una colaboración duradera y eficaz. Esta formación política se ha afirmado en 1933, gracias a un pacto de organización que la refuerza. La Pequeña Entente es uno de los pilares más firmes de la política exterior de Benes.

En segundo término, Benes hace descansar su política sobre la amistad de los aliados de la guerra, sobre todo en Francia, con quien ha negociado, en 1924, un tratado de alianza y amistad.

Al lado de esta actividad política y diplomática de Benes, hay que colocar también la literaria, por la cual une sus acciones a sus teorías y obtiene de sus experiencias conclusiones teóricas. Antes de que estallase la guerra y después del fin de sus estudios, ha publicado algunas obras sociológicas sobre *Los partidos políticos*, *La cuestión de las nacionalidades* y *La evolución del Socialismo moderno*.

Incluso después de la guerra, Benes ha encontrado el tiempo preciso para obtener conclusiones teóricas de sus experiencias políticas. De esto han nacido las obras que tienen por título: *Las dificultades de la democracia* (1924), *La política exterior y la democracia* (1928), *Sobre el problema de la limitación de armamentos* (1929), *El ejército democrático, el pacifismo y la política exterior* (1932) y *Discursos a los eslovacos sobre el presente y el porvenir de nuestra nación* (1934). Conviene también citar aquí el discurso pronunciado por él el 2 de diciembre de 1925, en el King's College, y publicado bajo el título *El problema de las pequeñas naciones después de la guerra mundial* (Londres, 1925). Aun cuando publicado en inglés, también lo fué en francés. Conviene mencionar también un estudio aparecido en la revista *Slovansky Prehled*, en 1924-25, titulado «Los problemas de la política eslava.»

Las obras de Benes, escritas después de la guerra, tienen su origen en su actividad de hombre de Estado. Ha explicado sus ideas relativas a la política exterior en numerosas exposiciones, que han sido reunidas, en 1924, en el libro *Problemas de política exterior*. Algunos trabajos importantes han sido traducidos al inglés, francés y alemán. Son los resultados de su experiencia de la postguerra, así como su libro de recuerdos *La guerra mundial y nuestra revolución* (1927).



El Gobierno austríaco acaba de condenar, por medio de su justicia, a penas excesivamente graves de prisión a veinticuatro jefes de la Schutzbund. Estos hombres fueron detenidos bastantes días antes de la insurrección de febrero de 1934, ó sea antes de la proclamación del estado de guerra. No han podido ser condenados por un crimen que manifiestamente no pudieron cometer: la insurrección. No ha podido ser por tenencia de armas o por el hecho de haber organizado una milicia socialista por lo que han sido condenados, pues no solamente ha tolerado el Gobierno, y algunas veces utilizado, dichas milicias, sino que abiertamente ha aprobado el armamento y la organización de milicias de otros partidos políticos enemigos del Socialismo. El Gobierno no tenía motivos serios para hacer condenar a los jefes de la Schutzbund. No solamente ha vacilado mucho antes de perseguirlos, sino que algunas veces ha intentado desistir de ello. Pero esto era cuando creía haber exterminado el movimiento obrero austríaco, tanto por la represión san-

grienta de febrero, como por los campos de concentración y la sindicación forzosa de los trabajadores en el Sindicato fascista.

Desde hace algunos meses el fracaso de esta empresa apareció a los ojos de todo el mundo. La resistencia obrera se manifiesta más enérgica que nunca, poniendo en peligro el régimen quebrantado de Schuschnigg. Esto último ha sido lo que ha condenado a estos veinticuatro hombres. El rigor escandaloso del veredicto ha sido dictado únicamente por el espíritu de venganza del dictador, que siente cada vez más comprometida su situación.

Tales procedimientos, lejos de beneficiar a sus autores o de consolidar su situación, no hacen más que acelerar su caída. La conciencia universal debe protestar contra parecida monstruosidad y reclamar una inmediata reparación. La opinión pública de los pueblos civilizados, al protestar unánime y vigorosamente, conseguirá arrancar estas víctimas a sus verdugos. — **El Bureau de la Federación Sindical Internacional.**

Discurso del senador Palacios

ALENTADORA y profunda es la impresión que produce en mí este acto, en el cual se renueva la expresión de cordiales afectos entre viejos camaradas, y se reanudan los vínculos de antiguas amistades, al calor del entusiasmo dinámico y propulsor que aporta la juventud.

Recuerdo que este barrio de la Boca, cálido y fervoroso de sentimiento popular, fué el palenque de mis luchas juveniles y el escenario de las primeras victorias que en América obtuvo el Socialismo.

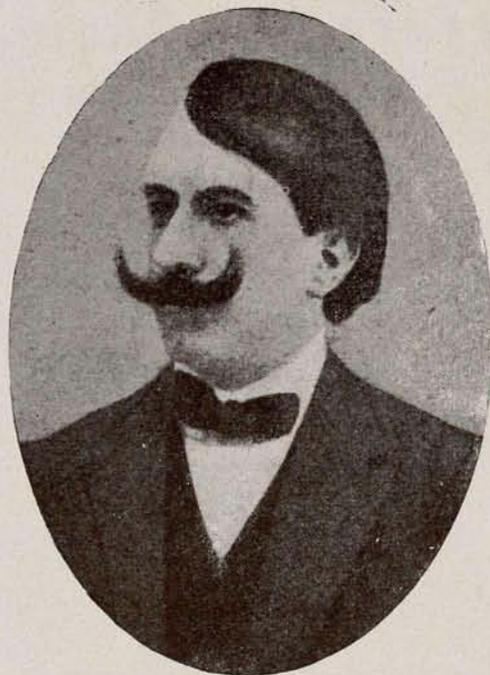
Han pasado muchos años; se han ensanchado, vastamente, el área y la densidad de Buenos Aires, y el volumen potencial de la República; han ocurrido en el mundo grandes acontecimientos que han transformado el aspecto de la Historia; y en estos tiempos de virazones frecuentes y repentinas, es para mí una recóndita satisfacción volver a vosotros, entre los actores y testigos de aquellas primeras luchas, portador de las mismas convicciones, de los mismos ideales, entusiasmos y anhelos juveniles.

Y es más grande la satisfacción porque ahora vienen avalorados nuestros altos ideales por la solemne sanción que acaba de otorgarles, virtualmente, el pueblo de la capital.

Nadie, en verdad, que tenga conciencia del instante que atraviesa la evolución política del país negará que el triunfo clamoroso que el Socialismo argentino acaba de merecer del electorado de la capital alcanza el significado de un pronunciamiento decisivo de la voluntad nacional.

Esa decisión tan absoluta que deja de ser victoria para nosotros, porque casi suprime al adversario en fuerza de reducirlo, y reviste, por lo tanto, los contornos de una afirmación unánime, es un acto de conciencia del país, porque no se limita sólo a la elección entre dos partidos y menos aún entre dos hombres, sino que expresa en forma rotunda **la adhesión inquebrantable del pueblo argentino a los ideales democráticos y de justicia social, a la vez que su repudio terminante de todo propósito regresivo.**

Y es mayor la trascendencia de ese voto por cuanto ha sido emitido de un modo deliberado, en plena tranquilidad y dominio de la conciencia pública, sin el engranaje de ninguna máquina, ni



DOCTOR PALACIOS

el apremio o la esperanza de interés alguno.

Puede así decirse que nuestro pueblo ha contemplado la obra y los métodos políticos del Socialismo argentino; su estructura orgánica y armónica; su obra de cultura y pacificación social; **su orientación de sano nacionalismo y de invariables principios democráticos;** sus esfuerzos permanentes de nivelación en la justicia; su arriesgada y constante defensa de nuestras libres instituciones; su tendencia constructiva y su respeto profundo de la personalidad humana dentro de la disciplina de los intereses colectivos; ha valorado esa acción de todos los días, de las épocas serenas como de las agitadas, y se ha propuesto significarle su adhesión más ostensible y oponerla a los métodos improvisados, a los procedimientos oligárquicos y a todo lo que pueda dividir o desmedrar la gran comunidad social que debe ser el pueblo argentino.

Hemos recibido así la sanción definitiva de la capital de la República, y ello entraña una enorme responsabilidad que nuestro Partido ha de asumir para hacerse digno de ella.

Es necesario, por tanto, que actúemos como responsables de los destinos de la nación; que sigamos estudiando sus problemas más urgentes para proponer soluciones; que sigamos contribuyendo a elevar el nivel de la vida colectiva en su triple aspecto, intelectual,

ético y económico; que convirtamos las leyes en palancas y columnas para construir una Argentina libre y próspera, que asegure los derechos del trabajo, de la vida y de la dignidad para todos los hombres.

Sería absurdo aferrarse a un dogma como si fuéramos una secta. El Socialismo consiste en la profesión de fe y en la práctica del ideal de mejoramiento humano que permita la constante elevación integral de todos los hombres en la plenitud de sus valores esenciales.

Frente a tan alta concepción aparecen mezquinas y jactanciosas las disputas bizantinas que pretendan limitar y dividir nuestra acción. Hemos de atenernos al sentido central y tradicional de nuestras ideas, de nuestro Partido y de nuestro pueblo, que consiste en unir a los hombres para lograr que todo, desde la cultura a la técnica y a la producción, se adapte como instrumentos eficaces al interés supremo del hombre y a la dignificación de su existencia.

Para lograrlo, debemos realizar una tarea permanente de educación colectiva, de disciplina social y de orientación política ascendente, que no pueden intentar ni siquiera concebir partidos sin ideales, verdaderos escombros del pasado que cierran el paso hacia el porvenir.

Y para el éxito de esta empresa fecunda y redentora habremos de rechazar y reprimir todas las tendencias demagógicas, porque el demagogo es instrumento de ambiciones, de intereses parciales y de odios, y en lugar de dirigente se transforma en dirigido.

Y nosotros debemos dirigir, que no es igual que mandar. Dirigir es asumir responsabilidades, encontrar la línea recta en el laberinto de la realidad cambiante, predicar con el ejemplo y adelantarse hacia el futuro.

Dirigir es ensanchar, dilatar los caminos y los horizontes, ampliar las perspectivas, encender en el pecho de los hombres la victoria humana, por las victorias de cada día sobre sus propias debilidades y flaquezas.

Dirigir es unir y es avanzar; utilizar todos los recursos que la realidad nos brinda en beneficio del ideal de la perfección humana y del bienestar común. Y en una acción como ésta no podremos tener por adversarios más que a aquellos desdichados que no hayan despertado todavía a la conciencia dignificante de su condición de seres libres.

Proceso del urbanismo en Estados Unidos, Inglaterra y Alemania

ASUNTO es de nuestro tiempo, que, entre los trabajos publicados por la Academia de Ciencias de Filadelfia, se presentó uno que produjo cierta impresión de novedad, por titularse *The Study of the Science of Municipal Government* (El estudio de la ciencia del Gobierno municipal). Y su autor, el ilustre académico Frank P. Prichard, tuvo la gloriosa iniciativa de razonar el nuevo concepto que, andando el tiempo, había de quedar consagrado, cuando, el año 1909, el eminente sabio Fran J. Goodnow, al publicar su conocida obra *Municipal Government*, prefirió poner bajo su gran nombre de autor, entre los muchos títulos de que podía hacer uso, el de «Profesor de Ciencia municipal en la Universidad de Columbia».

Posteriormente, el reputado Dr. Howard Lee McBain, en 1916 y 1918, publicaba sus dos muy conocidos libros: *The Law and the Practice of Municipal Home Rule* (La ley y la práctica de la autonomía municipal) y *American City Progress and the Law* (El progreso municipal americano y la ley), poniendo también bajo su nombre de autor el título de «Profesor de Ciencia municipal en la Universidad de Colombia».

Las distintas ediciones de esos libros, que vienen teniendo amplia circulación por Europa y América; el gran prestigio de sus autores, y la publicación que había hecho en Nueva York, desde 1901, el profesor Robert C. Brooks, de una *Bibliografía de asuntos municipales*, evidenciando que en los últimos veinticinco años se habían dado a la imprenta hasta 12.000 libros y folletos sobre los múltiples aspectos, científicos y prácticos, del Gobierno municipal, fueron sobrada

base, a manera de salvoconducto, para la nueva Ciencia municipal, que, con ese estupendo respaldo de obras y de autores, tomaba tan brillantemente su puesto dentro de la jerarquía científica, tan perfeccionada en otras ramas del saber humano.

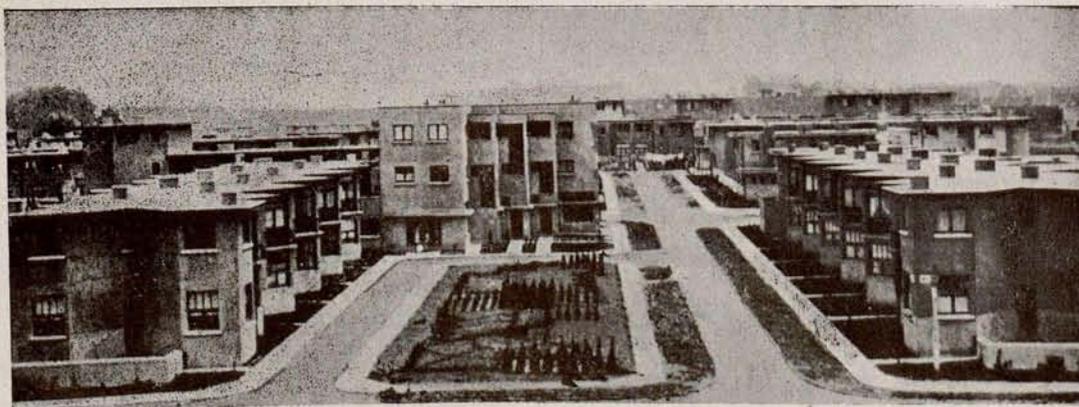
Cediendo a requerimientos fundamentales sobre la necesaria eficacia del Gobierno municipal, por su intensa trascendencia en la vida de todos los ciudadanos, y reconociéndose que debía ser asunto esencialmente científico el gobierno de las ciudades, por su complejidad técnica y porque de ellas depende, substancialmente, que la sociedad nacional progrese o degenera—dada la concentración creciente de habitantes en las ciudades, como fenómeno alarmante de la vida social contemporánea—, comenzó a especializarse en los Estados Unidos la enseñanza del Gobierno municipal no sólo en cátedras que han establecido casi todas sus grandes Universidades, sino en los colegios de alta educación. Y, además, ha cristalizado allí el nuevo tipo docente de la Universidad Municipal, con sus mejores expresiones en la de Cincinnati, fundada en 1871; la de Toledo, en 1884, y la de Akron, en 1903; siendo, en su esencia, una Universidad dedicada al Municipio, para especializar los estudios a tal fin necesarios, y, recíprocamente, un Municipio que organiza y mantiene por sí propio una Universidad.

En una asamblea celebrada en Washington, los días 15 al 17 de noviembre de 1915, por la Asociación de Universidades Municipales de los Estados Unidos, conjuntamente con la Asociación de Universidades Urbanas del mismo país, decía el presidente de la Universidad de Boston, L. Herbert Murlin, que «la Uni-

versidad Municipal es algo natural e inevitable, marcando una era en el desenvolvimiento de la educación americana, de tanto alcance como lo fué allí en el siglo XVIII la organización de las escuelas públicas, y en el XIX, el establecimiento de las Universidades de Estado.»

No es sólo que las Universidades Municipales preparan en sus cátedras especializadas ciudadanos que realicen con éxito, en cuanto es lógico esperar, los asuntos incontables de la vida real que resuelve el Gobierno de la ciudad, en íntimas relaciones con la salud, el decoro y el bienestar de los ciudadanos, sino que ofrecen gratuitamente su cooperación, realizando en su capacidad orgánica científica un nuevo tipo de servicio educacional, con nuevos métodos de instrucción, resultantes de hacer concurrir, en múltiples sentidos, para el bien de los intereses públicos, a la Universidad y al Municipio. Y es ésta una dádiva tan hermosa de la presente generación a las venideras, que solamente en el porvenir podrá apreciarse toda su grandeza.

En la evolución universitaria se observa que, salvo excepciones, y sin desconocer, respectivamente, su glorioso registro, cada vieja Universidad era una clásica institución reclusa en una altura. Después, con las demandas de los tiempos, comenzaron a acercarse al pueblo, y hace unos treinta años se inició el movimiento conocido por «extensión universitaria», que responde a la necesidad de ofrecer al pueblo todo un servicio más liberal. Se impusieron entonces las especialidades de enseñanza, para educar en un mayor número de profesiones, y pasada ya la época en que sólo cinco de éstas eran las corrientes, hoy pasan de cincuenta los títulos o diplomas que en muchas Universidades de Europa y América se otorgan; siendo cada vez más creciente, para el progreso y la cultura en general, la demanda de especialistas. Hace un cuarto de siglo eran muy pocas las instituciones en que se enseñara ciencia aplicada, que las llamábamos Colegios de Tecnología o Escuelas Politécnicas, y ahora están en esta vía casi todas las Universidades del mundo, satisfaciendo así las necesidades de los Gobiernos, de las corporaciones y del país bajo múltiples aspectos; en el mismo sentido, la corporación por excelencia, es decir, la ciudad, con el Gobierno de los conglomerados humanos en general, necesitó también especialistas. Y surgieron, en casi todas partes, las cátedras de Gobierno municipal. Un paso

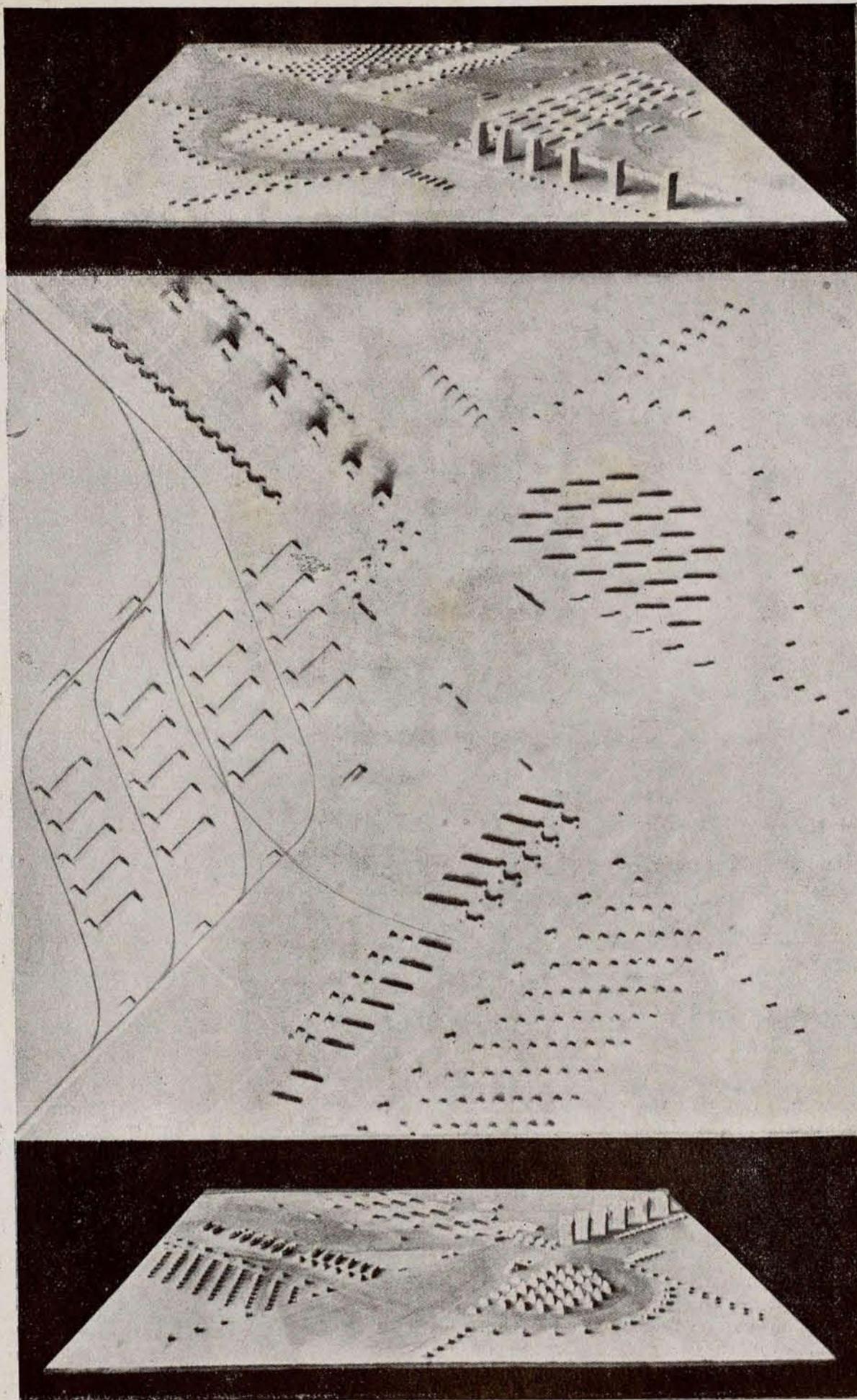


La Ciudad Moderna, en Bruselas.

más en este camino, y el enorme crecimiento de las ciudades, su tremenda influencia sobre la cultura nacional y sobre el vigor del Estado, impusieron las Universidades Municipales, que se las considera ya, ante la ciencia y ante la experiencia, como un impulso inexcusable en el proceso universitario general. Sentado así, acontece que en los Estados Unidos, recogiendo esa tendencia, por altos motivos de interés nacional, están, al presente, actuando paralelamente, en sesiones periódicas anuales, dos grandes organizaciones: una, la National Association of Universities, y otra, la Association of Urban Universities, para procurar, con un atento estudio metódico, el mejor desenvolvimiento posible de esas instituciones, entendiéndose, todo ello, la solemne afirmación de un hecho, o sea, que se ha impuesto ya la Universidad Municipal en los Estados Unidos.

Simultáneamente, como expresión del avance municipal científico y práctico en aquel país, la Universidad de Harvard, Massachusetts, creó una Escuela de Arquitectura del Paisaje Urbano (School of Landscape Architecture) para enseñanzas especializadas de las ciencias urbanas, desde un punto de vista estético, con cursos que duran entre dos y tres años, y a más de enseñar los principios generales sobre el mejoramiento de la ciudad, se acentúan las clases sobre trazado de jardines y parques públicos, sobre horticultura, estudios de árboles, arbustos y plantas herbáceas, al efecto de saber presentarlas en conjunto artístico. Se enseñan también allí las ciencias físicas y naturales que tienen relación con la estética urbana, y sus estudiantes distinguidos son enviados, con pensión, a Roma y otras partes de Europa para perfeccionar sus conocimientos con el examen de los jardines clásicos, después de ofrecerles durante el curso paseos científicos en Boston, cuyo sistema de parques y jardines es verdaderamente grandioso y a primera altura en el mundo. Esa organización constituye hoy la Facultad de Urbanismo de la Universidad de Harvard.

En Nueva York fué organizada expresamente para la formación intelectual y profesional de alcaldes técnicos (*City managers*) la Training School for Public Service, donde los estudiantes aprenden técnica y prácticamente, participando con los profesores en investigaciones y discusiones sobre problemas municipales de gobierno y de administración, para identificarlos más estrechamente con el manejo, la organización y mejoramiento de la ciudad. Su amplio programa de estudios contiene, entre otras enseñanzas, organización de la administración municipal, cartas constituciones municipales, relaciones entre la ciudad y el Estado, autonomía municipal, manejo de fondos públicos, formación de presupuesto, contabilidad, obras públicas municipales, limpieza de calles, utilización de basuras, administración de parques, de terrenos de juego y de la



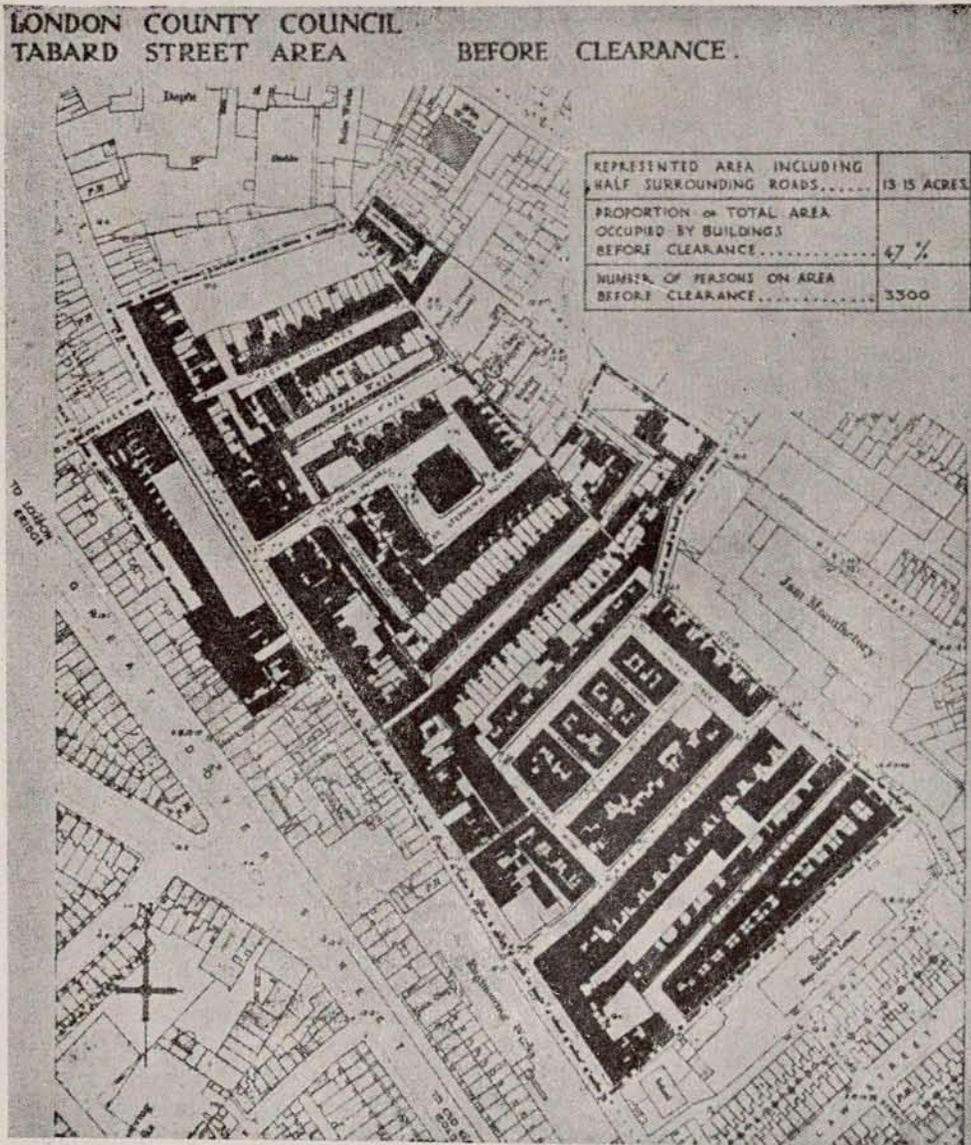
Un esquema de casas comunales a base de grandes espacios libres.

policía, mejoramiento de los servicios contra incendios, etc.

Según estadística de 15 de noviembre de 1920, había ya entonces en los Estados Unidos 148 de esos centros especiales de formación, de investigación y de enseñanza sobre asuntos munici-

pales — aparte de las Universidades y colegios de alta educación — para promover en todos sentidos el mejoramiento y embellecimiento de los centros urbanos.

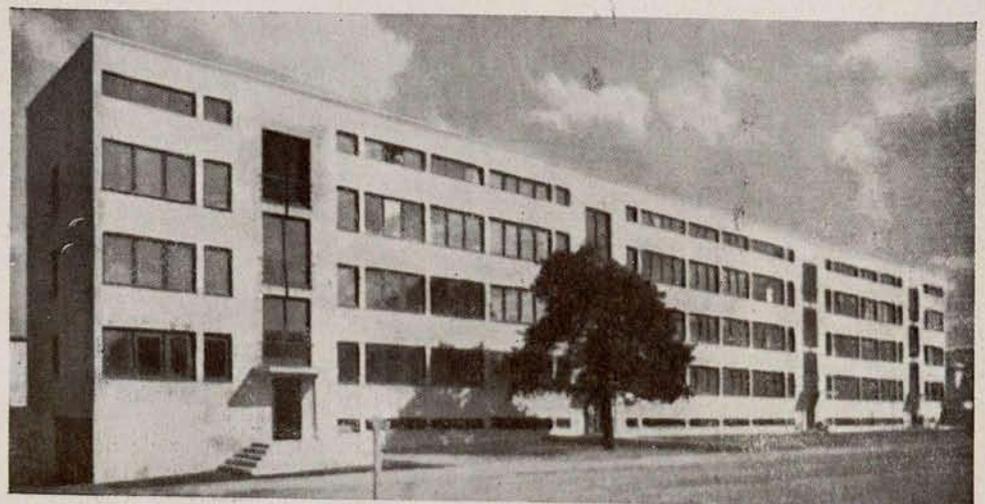
Sobre eso se ha creado, a través de aquellos Estados, una copiosa legisla-



Modernos estudios urbanísticos sobre densidad de población, hechos por el Municipio de Londres.

ción, que autoriza o comete a las ciudades a crear organismos oficiales para estudiar y resolver los problemas sobre ensanche y embellecimiento de la ciudad, con la iniciativa más característica en el Estado de Massachusetts, que desde 1913 hizo obligatoria, en cada Gobierno municipal, una Comisión de esa clase (Town Planning Commission), tratándose de los centros urbanos de más de 10.000 habitantes, con prevenciones especiales para casas de pobres, sanas y confortables, a más de lo que se refiere, generalmente, a ensanche y embellecimiento de la ciudad. En cierto modo, se había anticipado en ese progreso el Estado de Maryland, después del gran incendio de Baltimore, en 1904; siguiendo luego la Asamblea legislativa del Estado de Connecticut, en 1907; la de Pensilvania, en 1911; Ohio, Nueva York y California, en 1906, y, posteriormente, Illinois, Missouri, Nebraska, Rhode Island, Minnesota, etc. La capital federal, Washington, tiene, para estos fines, una famosa Comisión (The

Committee on the District of Columbia; que actúa bajo otra Comisión especial del Senado de los Estados Unidos, y de



Casas de alquiler en Stuttgart (Alemania).

la cual forman parte y han pertenecido a ella hombres eminentes.

Esta Comisión de Washington ha desmenuado y perfeccionado el plan originario de su fundación, hecho por el famoso ingeniero militar francés — que estuvo en la guerra de independencia contra Inglaterra— Pierre Charles L'Enfant, asociado al ilustre Andrew Ellicot, que le sustituyó después, y gracias a una obra científica y artística de solidaridad mantenida — con ciertas alternativas — a través de varias generaciones, la gran capital norteamericana es una de las ciudades más bellas del mundo.

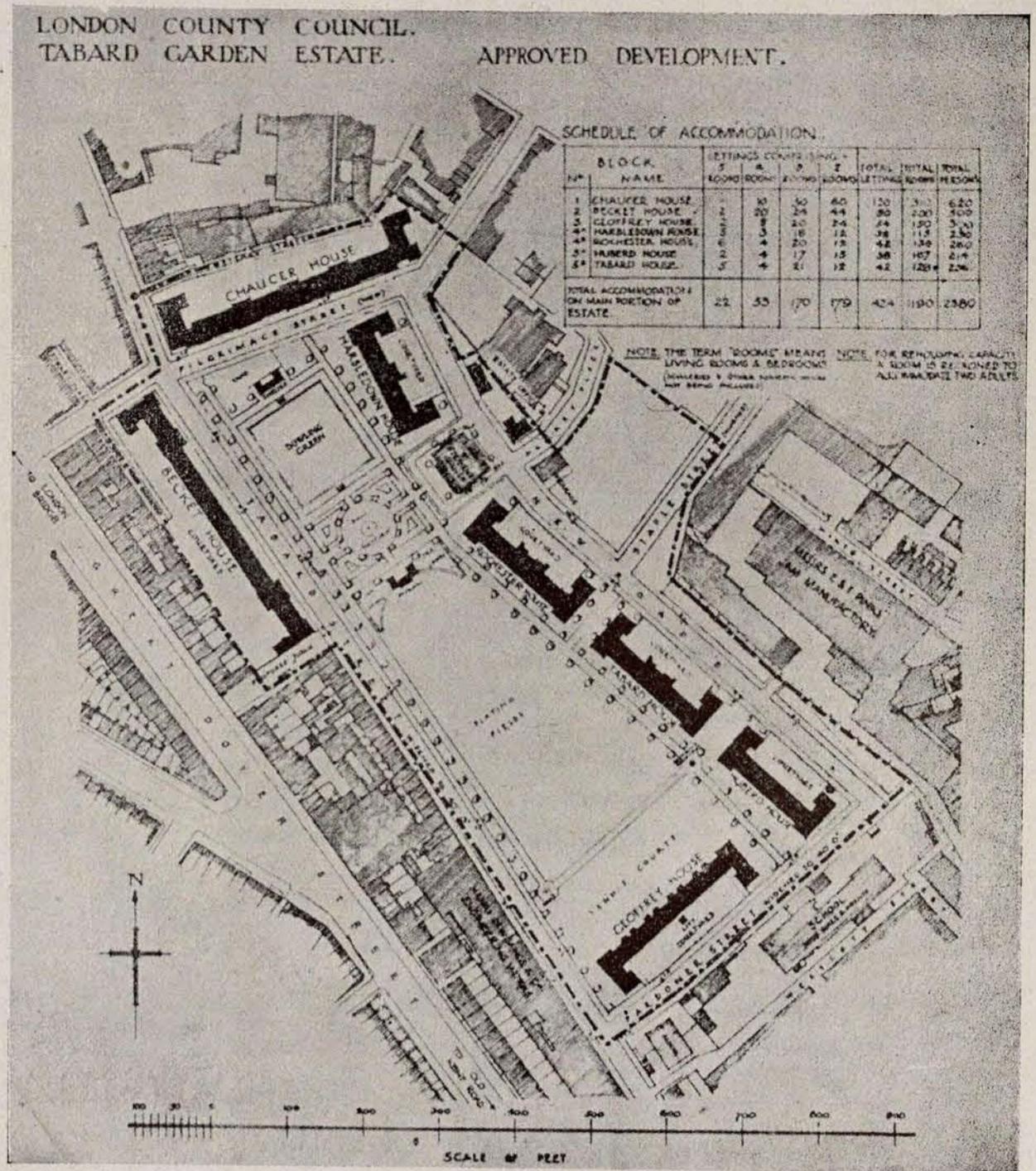
Otro orden de actividad científica municipal de los Estados Unidos es el desmenuado en muchas ciudades, generalmente mediante Comisiones, que, para preparar el ensanche, mejoramiento y embellecimiento, realizan un estudio profundo y detallado de todo lo que afecta al desenvolvimiento cívico de la localidad, tanto en lo que se refiere a su geografía, como a su economía, a su historia, a su arqueología, conservación de monumentos, valor de terrenos y edificios, problemas de habitación, comercio e industria de la ciudad, circulación por tierra, por agua, por el aire y por el subsuelo, recreo público en espacios libres, parques y bulevares, calles y avenidas, higiene, instrucción, gobierno y administración de la ciudad, organizaciones filantrópicas, zonas, etc. En resumen, un cuadro de conjunto sobre el total desenvolvimiento cívico de la aglomeración humana.

Ese sistema de trabajo preparatorio — verdadero inventario general de la vida urbana en todos sus aspectos —, que los ingleses llaman *Civic Development Survey*, los franceses *Dossier des Cités* y los norteamericanos sencillamente *Civic Survey*, tiene en los Estados Unidos un altísimo exponente, a tal punto, que el notable profesor de Sociología de la Universidad de Missouri, Carl C. Taylor, llegó a publicar un voluminoso e interesante libro, *The Social survey, his History and Methods*, tratando la naturaleza, origen, tecnología y posibi-

lidades de tales investigaciones, como conducentes a la elevación moral de la aglomeración humana, ya que conociéndola detalladamente, por escrupuloso análisis, hay base cierta para encaminarla a grandes fines materiales, intelectuales y morales, reparando daños o iniciando progresos. Y el profesor de la Universidad de Kansas, M. C. Elmer, publicó sobre igual asunto su libro *Technique of Social Survey*.

Frecuentemente, en los Estados Unidos, esos amplios trabajos, también denominados *City Planning Reports*, contienen una admirable investigación científica, y gran número de ellos anuncian un espléndido porvenir para muchas ciudades de esa gran República, mereciendo citarse, por su mérito extraordinario, el *City Planning Report* sobre la ciudad de Portland Plan Association, encomendando al eminente municipalista Edward H. Bennett redactar un plan de mejoramiento y extensión de la ciudad, que, no obstante tener entonces más de 150.000 habitantes, debían hacerse los cálculos y planes sobre una población futura de dos millones de habitantes. El trabajo fué hecho con un admirable informe preliminar, publicándose una gran tirada, que se repartió gratuitamente, para preparar la opinión pública, ilustrada, además, en esto por numerosas conferencias de expertos municipalistas y por artículos frecuentes en los periódicos. Y, por último, fué sometido el plan de reformas de la ciudad a un referéndum del pueblo, que lo aprobó, con ciertas modificaciones hechas por la Portland Plan Commission, como organismo oficial responsable de la idea iniciada por la Greater Portland Plan Association.

No es necesario decir que en ese plan general resultan estudiados y resueltos todos los problemas de mejoramiento y extensión del sistema de calles; establecimiento de avenidas circulares y arterias radiales sobre la base de un magnífico centro cívico; estaciones centrales



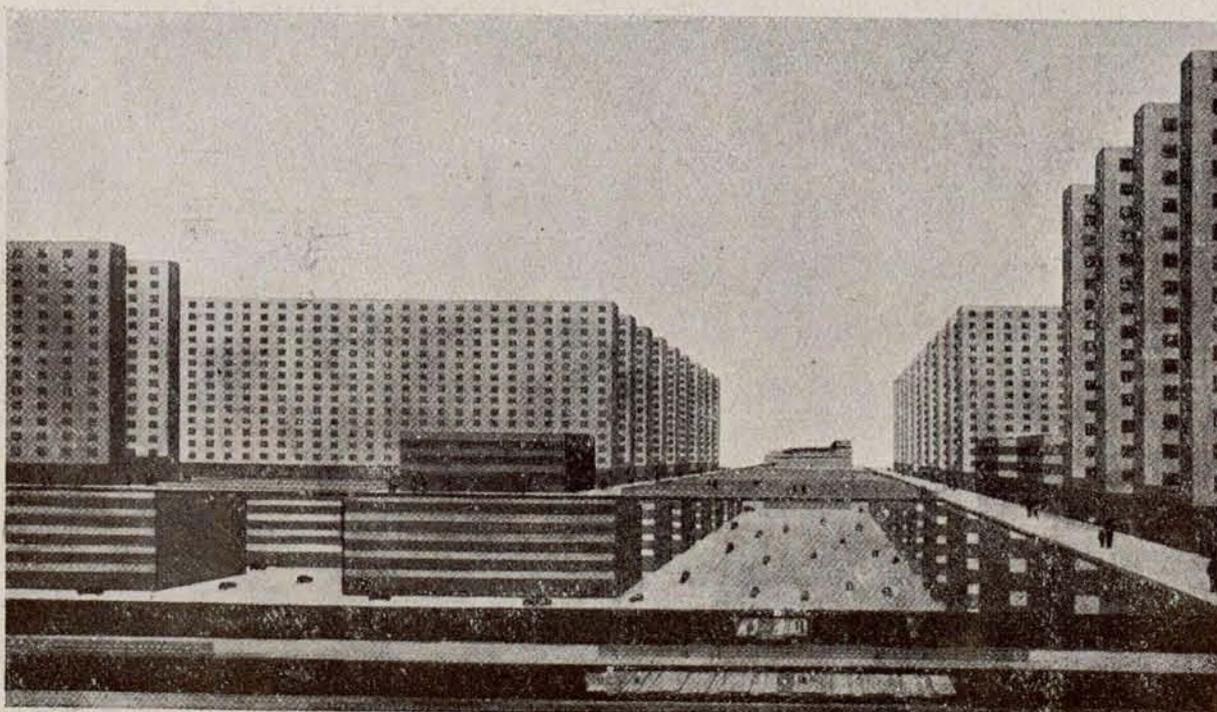
Modernos estudios urbanísticos sobre la densidad, hechos por el Municipio de Londres.

de ferrocarriles, de desembarque y de tranvías; centros de recreo, baños pú-

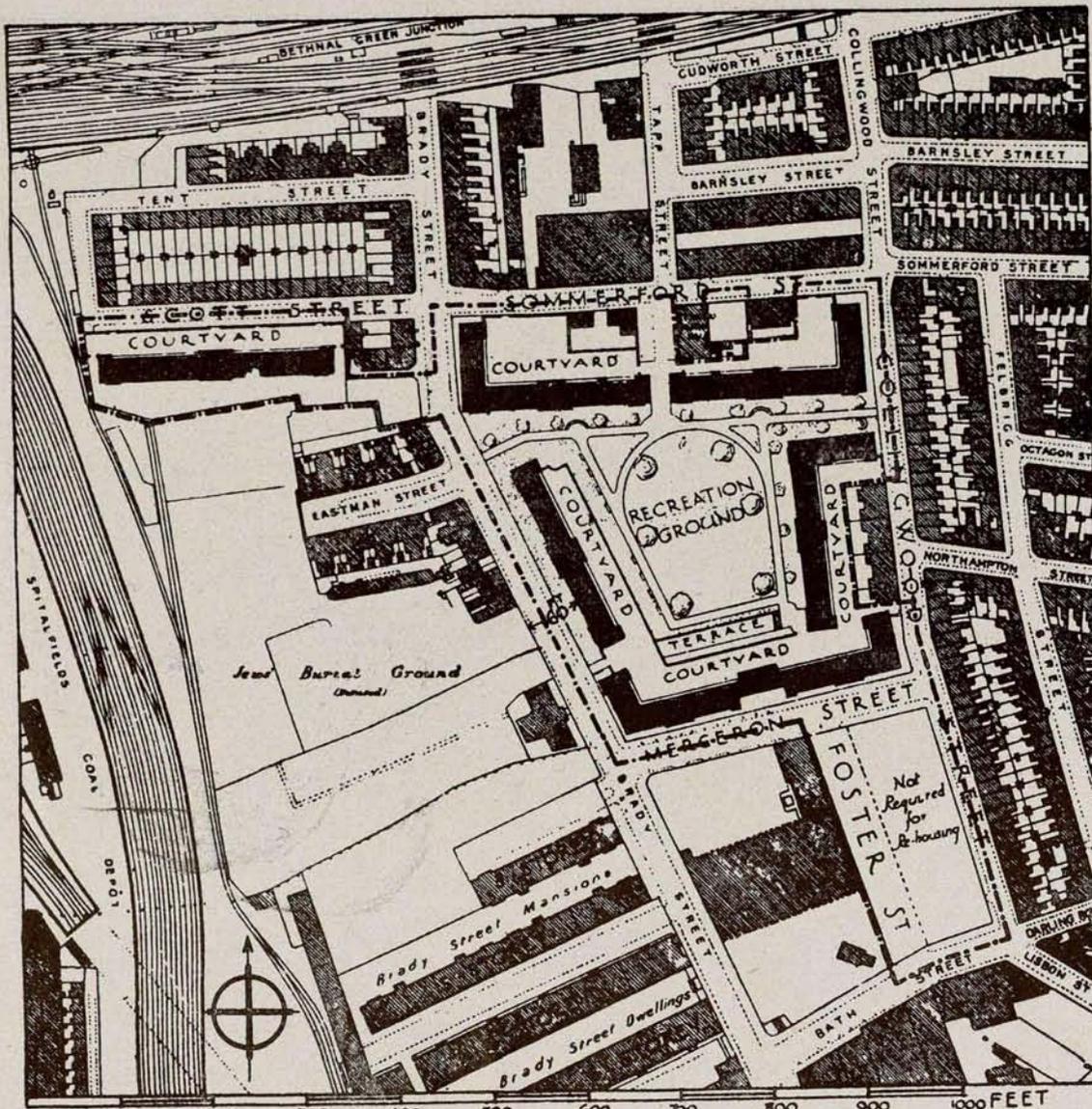
blicos, gimnasios, etc.; pero muy principalmente se plantea y resuelve el punto fundamental de casas para pobres, a cuyo fin se adopta la división de la ciudad en zonas, localizando separadamente las industrias, los establecimientos de comercio, los barrios residenciales de casas lujosas, todo en coordinación con espacios abiertos y parques para cada zona; prohibición, excepto en ciertos barrios, de establecer garajes, trenes de lavado, etc., que rebajan el valor de las propiedades inmediatas; se regula la altura de los edificios, según el carácter de cada barrio y el ancho de las calles y avenidas, con prescripciones determinadas para evitar la congestión de habitantes en los suburbios.

Hay, pues, una segura perspectiva de que con el desarrollo de ese programa, que está en marcha, Portland será, a través de algunas generaciones, una ciudad maravillosa, que habrá elevado a gran altura la dignidad colectiva y, consiguientemente, el bienestar y la felicidad de sus habitantes.

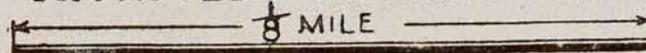
Todavía más trascendental es el plan de reformas de Chicago, iniciado en 1909,



Esquema de una ciudad de casas bloque orientadas este-oeste.



BRADY STREET AREA. BETHNAL GREEN.
APPROVED DEVELOPMENT



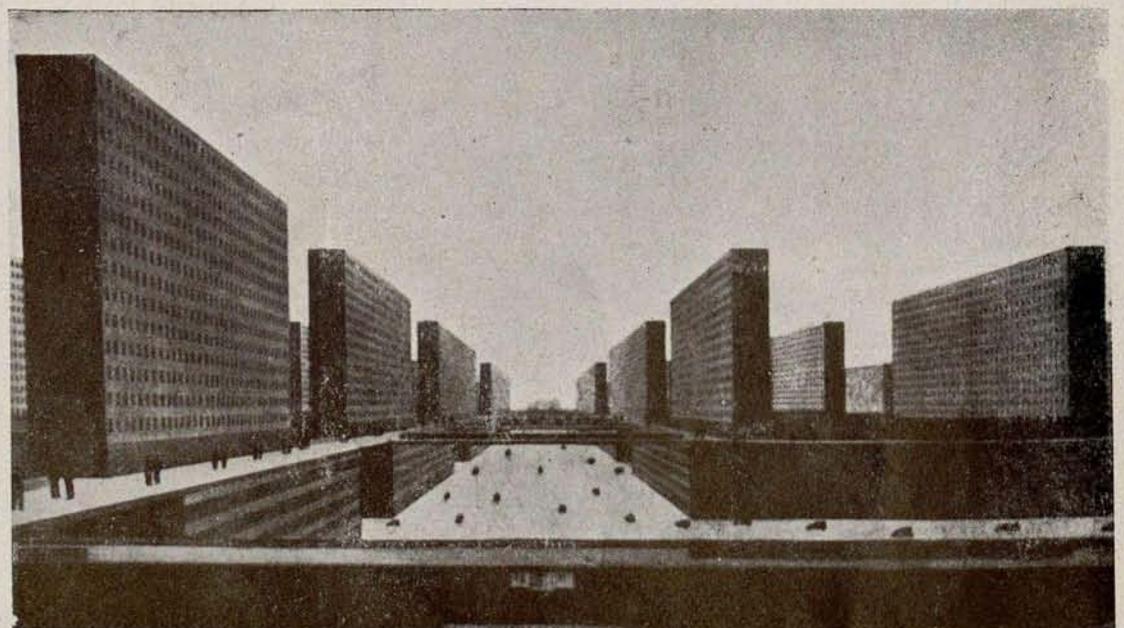
Barrio inmediato a una estación ferroviaria, con todos los servicios urbanísticos.

extender 8 kilómetros hacia el sur un parque antiguo de la ciudad, y también extender 8 kilómetros hacia el norte otro viejo parque, conectando ambos por una cadena de parques alrededor de Chicago; crear terrenos para juegos de niños en todas las secciones de la ciudad, y relacionar éstas, entre sí, por un sistema general de bulevares; la reorganización completa de los medios de transporte por tierra y por agua, comprendiendo estaciones de viajeros y de mercancías de todos los ferrocarriles; la creación de un nuevo puerto con 14 kilómetros y medio de muelles y almacenes, y el emplazamiento necesario para la construcción de un centro cívico con todos los edificios públicos del Gobierno de la ciudad. Se comprenderá toda la importancia de ese programa recordando que la población de Chicago pasa ya de tres millones de habitantes, creciendo cada año en más de setenta mil personas y siendo el centro de mayor intensidad en el tráfico ferroviario de América, y tal vez del mundo.

Allí tuvieron los Estados Unidos la Exposición universal de 1903, inspirada técnicamente por Daniel Hudson Burnham, y la visión encantadora de «la ciudad blanca» fué una sugestión para que todo eso se construyera con carácter de permanencia. Desde entonces muchos espíritus progresistas concurrían para darle realidad a esa idea; pero muy especialmente Burnham, que comenzó a hacer por lo alto los estudios del asunto, sustentando que así como ningún plan pequeño tiene el poder mágico de excitar la imaginación de los hombres, y por eso no se realiza sino rara vez, en cambio, los planes grandiosos, con aspiraciones muy altas en esperanzas y en trabajos, luego que se bosquejan convenientemente, nunca mueren, y, a través del tiempo, algún día son una realidad, afirmándose ellos mismos con creciente insistencia. Ese programa de Chicago, que se está realizando, no tiene precedente de mayor grandeza, entre las con-

por The Commercial Club, en un famoso banquete, donde fueron los principales oradores los dos candidatos, en ese momento, a la presidencia de los Estados Unidos: Taft y Bryant, y también habló Charles D. Norton, que fué secretario del Tesoro. Se creó, después, la Chicago Plan Commission, siendo su presidente Charles P. Wacker, y su director general Walter D. Moody, que ha dedicado a esos trabajos un famoso libro (1); siendo el alma y la inspiración científica de todo ese inmenso proyecto un hombre genial: Daniel Hudson Burnham, no menos glorioso, en ese orden, para los Estados Unidos que Hipodamus de Mileto o Dinócrates, en la Grecia clásica, o el barón de Haussman y Colbert, en la Francia contemporánea. Entre otros detalles, ese plan contiene el engrandecimiento, la extensión y la apertura de calles por más de 320 kilómetros; la creación de un sistema exterior de avenidas radiales y tres grandes paseos circulares; la desecación de 520

hectáreas de terrenos para construir parques en las riberas del lago Michigan;



Esquema de una ciudad de casas bloque orientadas norte-sur.

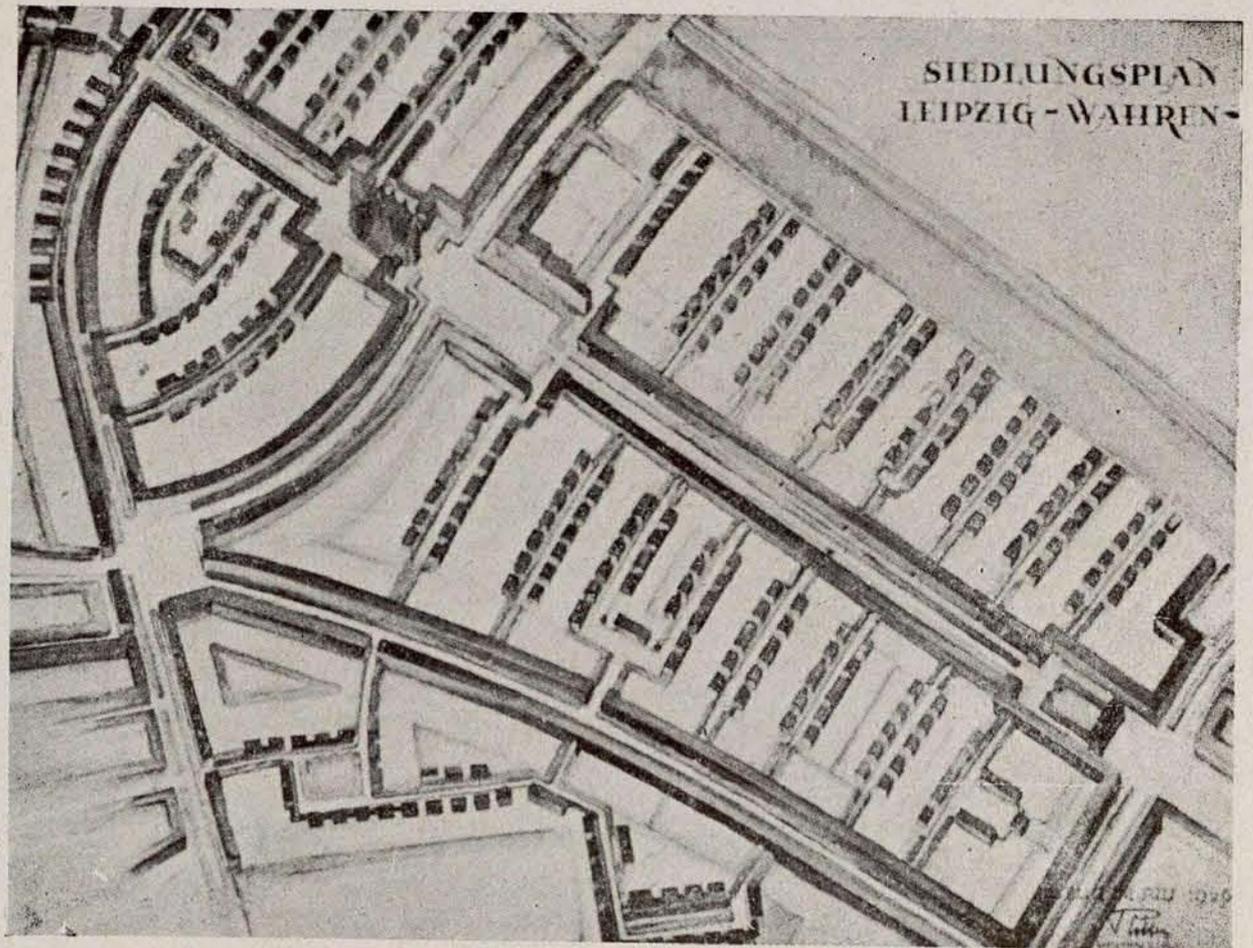
(1) *What of the City*. Chicago, A. C. Mc Clurg y Co., 1919.

cepciones humanas de ese género, en toda la historia del mundo.

Más o menos paralelamente con esos planes de Portland y de Chicago, hay muchas ciudades americanas desarrollando programas generales de ensanche y embellecimiento, algunos verdaderamente extraordinarios, entre ellos los de San Francisco, Filadelfia, Baltimore, Cleveland, Kansas, Detroit y Denver, cuyo centro cívico monumental contiene — como sugestión muy hábil — una Corte de Honor, en forma de altísima columnata semicircular, para inscribir en cada columna, como legado a la posteridad, el nombre del ciudadano que quiera immortalizarse con sus dádivas para el engrandecimiento de Denver.

Los estudios sobre engrandecimiento de Nueva York, costeados espléndidamente por la fundación Susell Sage y documentados en diez gruesos tomos, con vista a lo que será la «ciudad imperial» en el año 2.000, constituyen algo trascendental, siendo obra de sabios eminentes, y eso no se ha hecho así en ningún país.

La ilustre escritora Theodora Kinball, bibliotecaria de la antes referida Escuela de Arquitectura del Paisaje Urbano, en la Universidad de Harvard, publica un excelente trabajo sobre los grandes progresos de las ciudades norteamericanas, complementando una publicación del año 1917, sobre ese mismo asunto, del eminente ingeniero municipalista, y presidente del American Institute of Architects, George B. Ford. El sabio publicista Dr. William Bennett Munro, profesor de Gobierno municipal en la Universidad de Columbia, publicó, en 1915, la segunda edición de una nueva bibliografía sobre asuntos de esa materia, en los Estados Unidos, que forma un voluminoso libro de 416 páginas, revelador del tremendo impulso científico y práctico que allí se observa sobre asuntos municipales.



Un proyecto de viviendas higiénicas en Leipzig.

INGLATERRA

En Inglaterra — desde que en el siglo XVII, tras el incendio que destruyó gran parte de Londres, el año 1666, fracasó, por el egoísmo y la influencia de los terratenientes, aun luego de aprobado por el Consejo municipal, el admirable plan de reconstrucción de la ciudad presentando por el famoso constructor de la maravillosa catedral de San Pablo, Christopher Wren, asociado con John Evelyn — la acción privada monopolizaba y explotaba en perjuicio de los intereses generales el trazado

de calles, para construir manzanas de casas sin más fin que darles valor a los terrenos y cobrar muy altos alquileres; pero a mediados del siglo XIX el espíritu inglés reaccionó contra ese orden de ideas, y comenzaron a surgir entre esos individualistas enriquecidos grandes reformadores de mucha altura moral.

George Cadbury, cerca de Birmingham, decidió, por el año 1879, en su gran industria de chocolates, dedicar un millón de libras esterlinas y 212 hectáreas de terrenos suyos, para ofrecerles a sus obreros casas higiénicas y confortables, con jardines y huerta, proporcionándoles el sano ambiente de la vida rural, a un tipo de alquiler tan bajo, que sólo cubría un cortísimo interés del dinero invertido, más los impuestos locales, cediendo cada casa en arrendamiento con plazo de noventa y nueve años. El plan (1) ha tenido un extraordinario desarrollo, de inmenso provecho para la misma industria, y concentrándose allí más de 5.000 habitantes desde el año 1895, se ha creado la ciudad de Bournville, como un interesante ensayo de urbanización, con base de democracia industrial.

Análogamente, los hermanos Lever, propietarios de una colosal fábrica de jabones, crearon en Port Sunlight otra ciudad industrial (2), que comenzó en 1877, teniendo más de 3.500 obreros, con el sistema de que en el alquiler de las casas se cobran sólo los gastos de con-



Una moderna perspectiva de Stuttgart (Alemania).

(1) *Municipal Accomplishment in City Planning and Published City Plan Reports in the United States.* Boston.

(2) *A Bibliography of Municipal Government in the United States.* Harvard University Press. Cambridge, 1915.

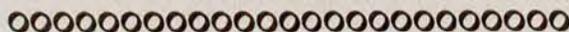


Uno de los modernos edificios urbanos de Moscú.

servación y reparación, más los impuestos; pero nada de interés por el capital invertido, sino que lo que éste alcanzaría se aplica a progreso cívico, pavimentación, parques, estatuas, fuentes, etc., siendo una bella ciudad cerca de Liverpool.

Con esos precedentes, un hombre de visión extraordinaria, ferviente propagandista, modesto empleado que había sido en una casa industrial de Australia, Ebenezer Howard, publicó en Londres, el año 1912, un pequeño libro, *Garden cities of Tomorrow*, que produjo una revolución de ideas, en tanto que perfeccionaba el plan ya iniciado de ciudades industriales, afrontando el

gran problema económico-social de la propiedad de las tierras en que se fabricaran las casas confortables para gente pobre. Y surgió así la mágica idea de la «ciudad jardín», que es un centro urbano de fines industriales, planeado para una vida saludable, con



El grabado de nuestra cubierta reproduce un monumento de la época del imperio romano en Alemania, la «Porta Nigra», en Tréveris, del Mosela, construcción del siglo IV.

un tamaño que haga posible una plena medida de existencia social, pero no más grande; rodeado por una permanente cintura de campo, y el total de la tierra siendo propiedad pública de la ciudad, en condiciones más o menos variables.

Este último aspecto de la socialización de la tierra, apoyada en el consentimiento individual—que Howard aconseja aplicarlo no sólo al Municipio, sino también al Estado—, y la organización de la ciudad jardín sobre la base económica de que en la renta mínima va comprendido el interés cortísimo del capital invertido, su amortización y el pago del impuesto para las necesidades comunes, encontraron apoyo en grandes capitalistas ingleses, principalmente Caubury y Lever, que, asociados con Howard, constituyeron The Garden-city Association y fundaron, el año 1903, con esas condiciones, entre Londres y Cambridge, la ciudad jardín de Letchworth, con las bases esenciales de que allí no se cobra impuesto y que la tierra toda pertenece, en conjunto, a la comunidad social.

Los éxitos de Letchworth estimularon, el año 1919, a construir, también en la región de Hertfordshire, y aún más cerca de Londres, una segunda ciudad jardín, denominada Welwyn, por iniciativa de una Compañía, Welwyn Garden-city Limited. Y el tipo sustancial de la ciudad jardín está ya repetido cientos de veces más en Inglaterra y otros países, aunque con distintas modalidades.

Con esto, el genio inglés había llevado estas materias al plano de ideas sociales, planteando y resolviendo, en principio, el gran fenómeno moderno del inmenso valor de las tierras en los centros urbanos, que es lo que eleva consiguientemente los alquileres, haciendo casi imposible la subsistencia de la inmensa mayoría de la gente pobre, a quien la carestía de la vida en las grandes ciudades le impone vivir en suburbios infecciosos, con perjuicio de la sanidad y de la moral. Elogiando Benoit-Leví la poesía de la ciudad jardín, dice que inicia un tránsito «del reino de la piedra al reino de las flores».

Actuando estas ideas en la conciencia pública, el poder legislativo se dispuso a recogerlas, y con la iniciativa del gran ministro obrero John Burns, se votó en el Parlamento británico, en 3 de diciembre de 1907, una famosa ley de urbanización — *Town Planning Act* —, complementada por otras leyes de año 1919 — *Housing and Town Planning Act* — y de 1921 — *Housing Act* —, previniendo que en tiempo y condiciones determinadas las autoridades gobernantes de cada centro de población presentaran necesariamente al ministerio de Asuntos Municipales de Inglaterra—Local Government Board—un plan completo de ensanche y embellecimiento de la población, teniendo en cuenta las condiciones sanitarias y artísticas y llenando cuanto se requiere en los aspectos económico y social.